

LA REVISTA DE SANTANDER

1930

FEBRERO

NÚM. 2

Recién aparecida a la luz LA REVISTA DE SANTANDER ha de lamentar, con íntimo y sincerísimo dolor, la desaparición del infatigable investigador de la historia de nuestra región D. Julián Fresnedo de la Calzada. Aun tuvimos tiempo de escuchar sus palabras de aliento para nuestra empresa y de recoger la promesa de su colaboración asidua que póstumamente cumple la amable e inteligente comprensión de sus deudos. Como homenaje a la memoria de nuestro inolvidable cronista publicamos un fragmento de capítulo de su obra inédita, HISTORIA URBANA DE SANTANDER, monumento capital y lauro inmarcesible de su actividad historiográfica. Queden al frente de tan magistrales páginas, en mezcla cruel, nuestra admiración, nuestro recuerdo y nuestro profundísimo dolor.

SANTANDER EN EL SIGLO XVIII

Las tirantes relaciones entre la numerosa colonia inglesa en Bilbao y aquella Casa de Contratación, impelió a los comerciantes británicos a solicitar de nuestro Ayuntamiento, en 1701, condiciones ventajosas que les permitieran trasladar aquí sus establecimientos comerciales, y el Ayuntamiento pide al Rey que confirme las Capitulaciones que con ellos había pactado, en una exposición en la que hacen patente la verdad. «Que el comercio había muchos años faltaba de la Villa; que las Lonjas que había, unas de S. M. y otras de particulares, para la custodia y guarda de las lanas y mercaderías, han quedado inútiles y se vienen al suelo...» Esto justifica lo que decíamos de Somorrostro, en donde desde el siglo XV estaban las Lonjas.

Quince años tardó el Consejo Real en aprobar las Capitulaciones.

Mucho debió enriquecerse la Villa en poco tiempo, ya que entre 1702 y 1703 gastó de su peculio 10.000 ducados en fortines del Sardinero y de la costa, en parapetos, almacenes, trincheras, estacadas, etc... y en artillarlos con 70 cañones. Hasta en la Peña de los Ratones, en el fondo sur de la bahía, estableció un fortín con tres cañones. ¿Para qué?

La ruina de la puebla vieja, que hemos apuntado, se ve confirmada en la Ordenación que en 1708, a 20 de diciembre hace Felipe V para la elección de car-

gos concejiles y que confirma en 1733 al autorizar a la Villa para que celebre en la Plaza Mayor el mercado semanal que de tiempo de los Reyes Católicos venía celebrándose, «por hallarse casi aniquilada la puebla vieja, que es desde la Colegial a la Puerta de San Pedro, por haberse arruinado en ella los más de los edificios y no haber más de ocho o diez vecinos», razón por la cual ya en diciembre de 1708 se había anulado la Ordenanza para elegir cada un año dos Regidores de la puebla vieja «por no haber quedado sujetos correspondientes para semejantes empleos».

Ese mercado se había de celebrar en la Plaza Mayor, distinguiendo así la Plazar, porque ya había dos como hemos visto, la antigua y la de los Remedios.

La languidez de la vida local se echa de ver en las Actas de las sesiones del Concejo. Se pasan meses y aun años sin que haya nada de interés en ellas, celebrándose solas tres o cuatro sesiones, o por lo menos no levantándose más de tres o cuatro actas al año. La toma de posesión del Alcalde, la elección de cargos al parecer sin obstrucción de ningún género, y el acuerdo para la adquisición de Bulas, es todo lo que se encuentra en los libros dichos en toda esta primera mitad de siglo.

Nos quejábamos al final del capítulo anterior de que no habíamos hallado estadísticas... En este siglo, en cambio, abundan los Padrones; pero, como tendremos ocasión de observar, los más son tan poco fidedignos como los del siglo XVI. En prueba de ello véanse en los Apéndices 3 y 4 los dos Padrones que copiamos y el cuadro comparativo entre los mismos. En los dos el total de vecinos en el casco de la Villa parece concordar: 217 en 1710 y 215 en 1712, pero en los demás resultan anomalías gordas.

En el primero, entre otras calles, no figura la de Santa Clara, que en el segundo figura con trece vecinos. No hay que pensar ni por un momento que se repoblara en dos años.

En el segundo no figuran, entre otras calles, la del Arcillero ni la de Socubiles, y tampoco se puede admitir que en ese plazo de dos años se despoblaran, como despobladas aparecen en uno y otro la de Somorrostro y la Carnicería, o sea el trozo que entonces existía de la actual Ruamenor.

¿Qué ocurrió en esos dos años para que en la calle de la Mar desapareciera la mitad de la población? En cambio figuran los cuatro Lugares con un aumento del ciento por ciento en el segundo, y con solos treinta y cinco vecinos menos que la Villa. Nos permitimos creer que aproximadamente el Censo sería de 215 a 220 vecinos en el casco y que el Padrón se hizo a ojo de buen cubero. En cuanto a los cuatro Lugares quizá hubiera interés en hacer que aparecieran con más vecinos de los que en realidad tenían por razones de encabezamiento.

De todos modos había bajado mucho la población desde principios del siglo anterior, en que en varias declaraciones figura la Villa con cinco mil almas, pues aun calculando a cinco por vecino no dan esos Padrones más de mil ciento, lo cual concuerda algo con el número de Bulas que anotamos en el capítulo an-

terior, y hay que convenir en que para tan exiguo número de habitantes era no pequeña suma la de 41.000 reales que figura en la relación de ingresos que en 1720 presenta el Mayordomo de Propios.

Verdad es que se afinaba en la vigilancia para que nada entrara sin pagar, según se desprende de lo que dice el Acta de la sesión de 30 de noviembre de 1714. «Habiendo tenido noticia de que Domingo Cubero, vecino de Cajó, intentaba abrir y hacer un camino, y hacer carretera en el sitio que llaman la *Peña de la Lumbre* en dicho barrio, que baja al mar, le estiman perjudicial porque por él se puede cargar y descargar *sin entrar en la Villa* y llegar en bajamar las recuas hasta el muelle de las Naos, y entrar así *sin pasar por puertas*, en cualquier casa sin ser vistos ni registrados.»

Volvió el sistema de alojamientos y continuaron los vejámenes de las milicias. En 1724 se estaban construyendo en el Astillero de Guarnizo tres navíos y vinieron tres compañías de Infantería de Marina para ellos, y mientras se alistaban aquéllos pidieron alojamiento al Alcalde de Santander. Éste quiso que se alojaran en San Felipe. No sabemos por qué causa no pudo ser. El Ayuntamiento alquiló la casa que en la calle de los Tableros tenía D. Juan Antonio Prieto. Debió parecerle poco a D. José Pizarro, capitán de las tres compañías, y quizá lo fuera, y entonces se apoderó de la casa de Ayuntamiento y de la sala del Concejo y alojó en ella a su gente.

Al recurrir ante S. M. el Ayuntamiento le pide haga cuartel, ofreciéndose a dar gratis los materiales y el acarreo. Esto ocurrió en junio, y hasta mayo del año siguiente no vino la Real Cédula mandando desalojar a la tropa y eximiendo para lo sucesivo al Ayuntamiento de ese servicio; pero de cuartel, hasta 1890... nada.

En 30 de agosto de 1746 fué proclamado en Santander D. Fernando VI y copio de la relación oficial algo que importa para conocer la fisonomía de la Villa. La comitiva de Reyes de Armas y Maceros, etc..., salió de las casas de Ayuntamiento, y dice el documento: «caminaron por calle del Puente y por la pendiente se echó bajo de la Torre porción de arena, y siguiendo hasta fuera de la Puerta que llaman de San Pedro, arrimado a la muralla estaba un dosel y un tablado, y se prosiguió en el mismo orden por la calle del Hospital a la de San Francisco, Don Gutierre y Arcillero, hasta la Plazuela del Cantón del mar, en donde arrimado a la muralla estaba otro tablado, y se siguió por las Herreñas y la Ribera, y saliendo a la Plaza Mayor en donde frente a las casas de Ayuntamiento y Atrio del Colegio de la Compañía de Jesús estaba prevenido el tercer tablado, donde después de la proclamación desmontaron todos.»

Comentemos este relato.

1.º Vemos que aun existía *Rampa* por debajo del Arco de la Torre de la Colegial, aunque desde las Ordenanzas de 1733, si no fué antes, ya no circulaban carruajes por dicha rampa. Dicen en su artículo 7.º las Ordenanzas dichas «que los carreteros vayan delante de sus carros y no por encima, y con carga o sin

ella no transiten por la calle del Puente». Como ya hacía mucho que la comunicación de las Atarazanas con el muelle de las Naos se hacía por debajo del Puente, no necesitaban los carros seguir la ruta antigua, sino que podían entrar por la Puerta de las Atarazanas, antigua de San Nicolás, para ir a los muelles contorneando por los soportales.

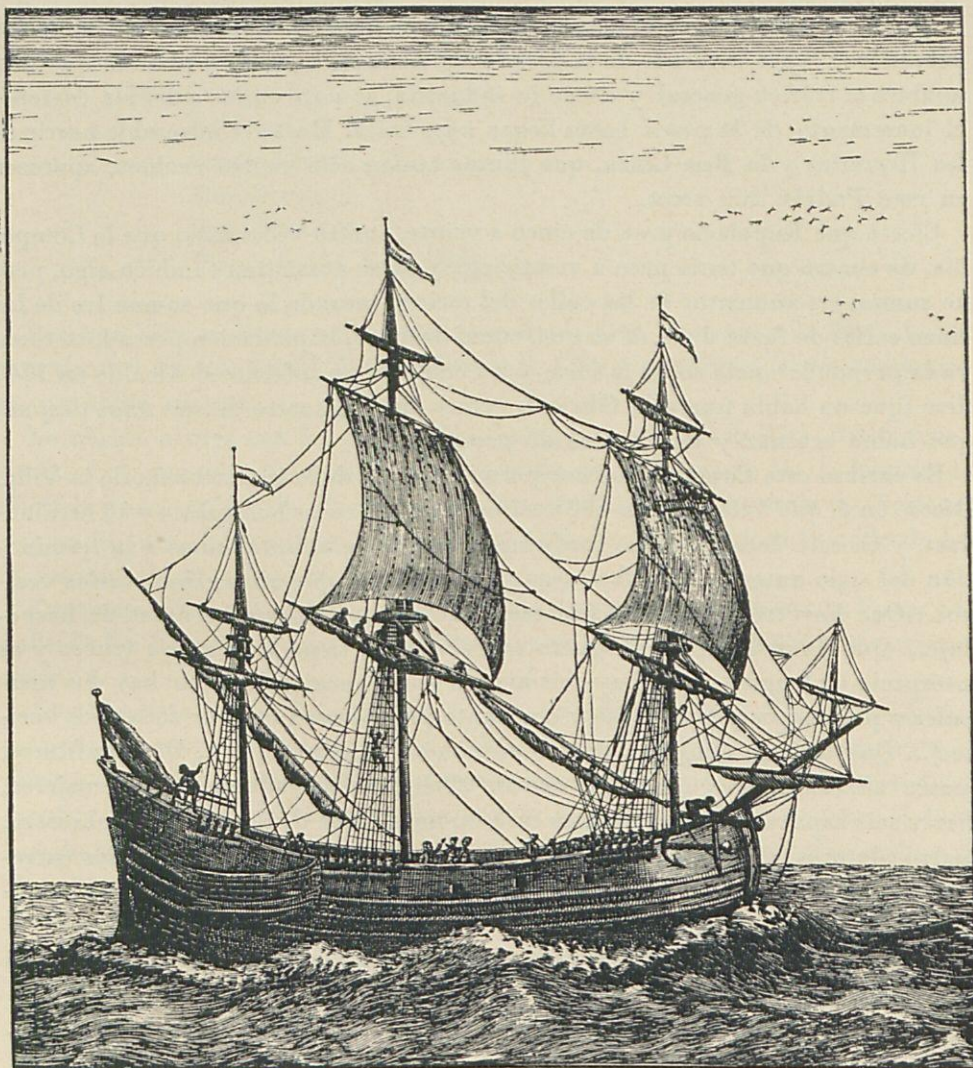
2.º Se habla de que la Cabalgada bajó por la calle del Hospital. Vemos aquí confirmado lo que dijimos al comentar el Acta de mayo de 1695, pero se la llama impropriamente calle, puesto que no era más que un camino sin urbanizar, utilizado, sin duda, desde la fecha de las Ordenanzas que prohibían el paso de carros por el Puente. Nótese además que aquí se le da el nombre que no se le daba en 1695, llamándola del *Hospital*.

3.º Esa Plazuela del Cantón del mar es la de la Puntida y se ve bien el cortejo bajar arrimado a la muralla y contornear el hemiciclo del antiguo Astillero, pasando por entre las casuchas del barrio de las Herrerías, saliendo a la Ribera y subiendo su calzada a dar en la Plaza.

4.º Es la primera vez que se escribe en Actas del Ayuntamiento Plaza Mayor. Con motivo de esta proclamación se hicieron en las puertas de San Francisco y de Atarazanas sendos arcos conmemorativos, de los cuales nada nos puede dar idea porque ningún documento habla de ellos, al menos de su erección, porque después sí se les cita repetidas veces con el nombre de *Arco del Rey*, el de la puerta de San Francisco, y *Arco de la Reina*, el de la de Atarazanas, que perduró y dió nombre a la calle que se formó desde él hasta el arranque de la Cuesta del Hospital, si bien es cierto que frecuentemente en documentos oficiales se da el nombre del uno por el otro y hasta se confunden. Así vemos en el texto del ceremonial para recibir al primer Obispo, 26 de mayo de 1756, «que entrará procesionalmente desde la puerta de Santa Bárbara, inmediata al Convento de San Francisco», y en 31 de octubre de 1784, cuando Menéndez de Luear dice desde Santillana que entrará en la ciudad el 3 de noviembre, a las cuatro de la tarde, se acuerda salir a recibirle *hasta la Puerta de San Fernando*, contigua al Convento de San Francisco.

Todavía esto es más lógico. El arco del Rey (Don Fernando) estaba ciertamente contiguo al convento, pero no así el arco de la Reina (Doña Bárbara de Braganza), que estaba en las Atarazanas. En esto de nombres de Puertas y calles no basta ver un documento solo; hay que contrastarlos.

Ya se afina algo en la confección de Padrones. En el de 1752, al parecer más fidedigno que los anteriores, hallamos una novedad. Por primera vez figura el nombre de Rua Menor y con ocho vecinos. Figuran también los barrios de Miranda, Pronillo y Cajo, éste más poblado que los otros por estar en el tránsito del movimiento de entradas y salidas de la Villa, pero aun no figura en él la Cuesta del Hospital, seis años después de citada como calle en el relato de la proclamación de Fernando VI.



En los años que mediaron desde el anterior Padrón aparece casi duplicada la población. Atarazanas y el Puente, que juntas tenían entonces 25 vecinos, aparecen con 47. Sólo el Puente da 30.

Fuera de la Puerta	pasa de 36	vecinos a 95.
La de la Mar	» » 21	» a 81.
Arrabal	» » 30	» a 49.
La del Medio	» » 7	» a 30.

¡Bien se echa de ver el desproporcional incremento que toma la población pescadora, signo evidente de la decadencia de la Villa, pues a medida que desaparece el tráfico general y decae la industria, se nota en los pueblos costeros el incremento de la pesca hasta llegar a ser única! Hasta el miserable barrio de las Herrerías y la Rua Chica, que juntas tenían sólo cuatro vecinos, aparecen en este Padrón con trece.

Cierto que Rupalacio pasa de cinco a veinte, cuatro veces más; que la Compañía, de cuatro que tenía pasa a veintisiete, y otras aumentan también algo, pero no suman los aumentos de las calles del recinto murado lo que suman los de las cinco calles de fuera de él. Y es que, como decimos, la población pescadora toma ya la preponderancia sobre la otra, y así como en un informe el Alcalde en 1747 dice «que no había una sola fábrica», vemos en el Catastro de seis años después que había setenta y dos barcos de pesca.

Es curioso este Catastro que nos permite juzgar de la importancia de la Villa. Dícese en él que habrá «como 680 vecinos, con 500 casas habitables y 18 arruinadas», y en este detalle vemos confirmado lo que ya apuntábamos a la terminación del siglo anterior: que las casas no eran de las que albergaban varios vecinos. «Que hay tres tabernas, seis casas Mesones, y diferentes casas de hospedaje... Que Juan Bautista Nuguero es Peluquero, tiene la mesa de trucos y es intérprete de lenguas. Que hay seis hornos y una carnicería... Que hay dos mercaderes por mayor y cambistas y cincuenta por menor (uno por cada diez vecinos)... Que hay un abogado, cuatro escribanos, tres notarios... Dos confiteros, cuatro albañiles, tres canteros, cuatro albéitares herradores, seis cerrajeros, diez y seis zapateros, treinta y tres sastres, un tejedor de lienzo, un sombrerero, cuatro plateros, siete toneleros, diez y seis carpinteros, un botonero, dos carreteros...» No sería muy grande el movimiento del tráfico local cuando dos carreteros bastaban.

De los 72 barcos de pesca, 33 se dedicaban al transporte de viajeros al otro lado de la bahía.

Había también cinco pinazas para la conducción de mercancías a y desde Bilbao, y esta era la flota de altura de Santander (1753).

Entre los mercaderes se citan como los más importantes: D. Bernardo de Sanyous, D. Pedro de la Cantolla, D. José Gómez de Barreda, D. José de Aja, D. Francisco Bolantín Rivas, D. Antonio Fernández de Estrada, D. Fernando de Lienzo, D. Bernardo de Sara..., nombres todos que figuran años después en las luchas por la hegemonía de la nueva ciudad, los paniaguados del Alcalde Mayor, como los llamó una Real Providencia de 1760.

Las tiendas, según este Catastro, estaban así distribuidas:

Calle Alta (Ruamayor)	1
Ribera	1
Puente	6

Don Gutierre	11
La Plaza	17 (!!!)
Compañía	1
Tableros.	1
Santa Clara	5
Rupalacio.	1
San Francisco	7
Plaza de los Remedios	1

Por esta lista se observa que entre la calle de Don Gutierre y la Plaza había más tiendas que en el resto de las calles de la Villa y que fuera del recinto murado no había ninguna.

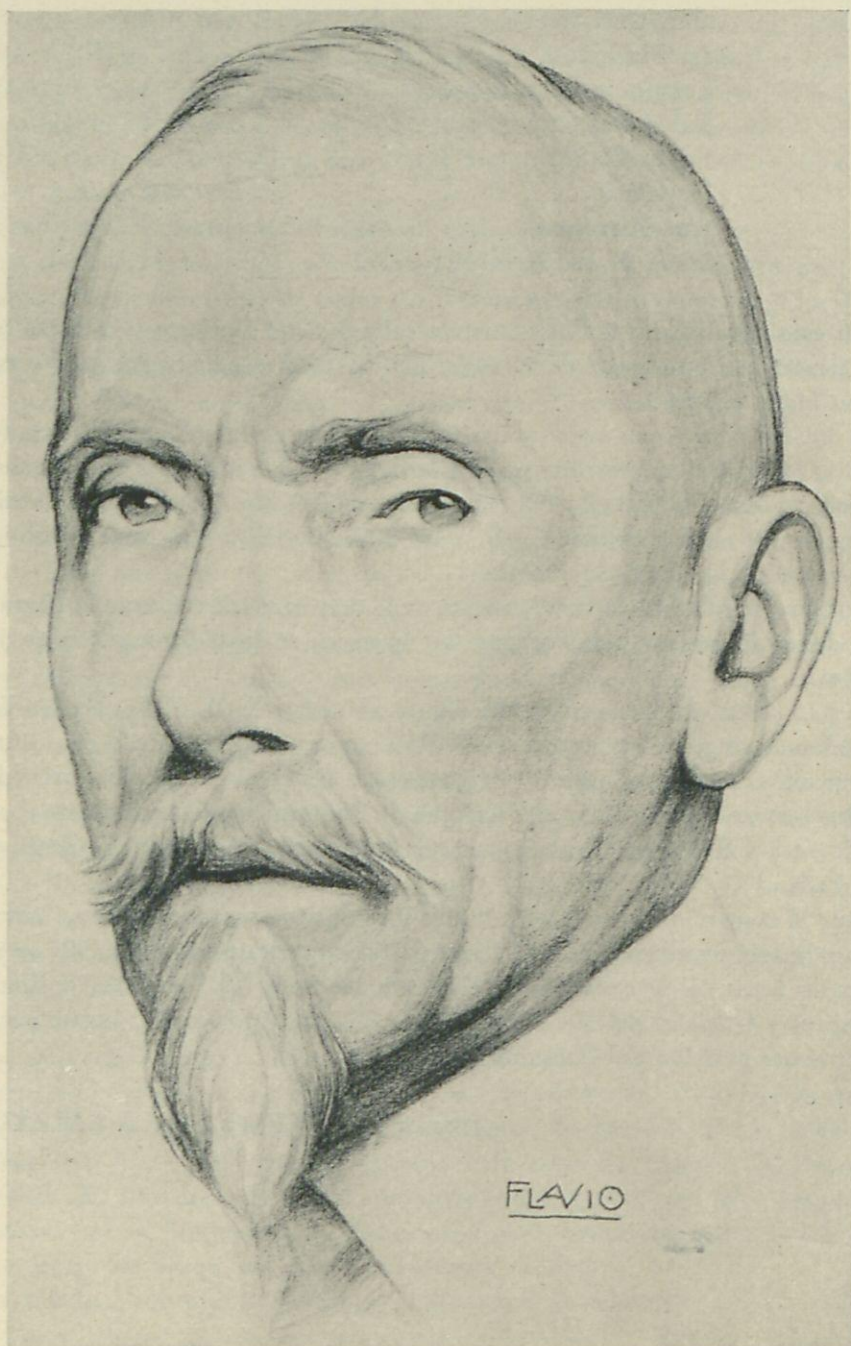
Lo mismo ocurre con las panaderías; había una en la calle Alta (Ruamayor), de D. J. Fernández Velarde; una en la calle del Puente, de D. J. Gómez de Barreda; una en la calle de San Francisco, de D.^a María Antonia de Noriega; dos en la calle del Arcillero, de D. José de la Portilla; una en la calle de los Remedios, de D. J. de la Puebla.

Tanto en la relación de tiendas como en la de panaderías figuran la Plaza y la calle de los Remedios, y sin embargo no aparecen en los Padrones que tuvieran vecinos.

La panadería que en la calle Alta figura a nombre de D. J. Fernández Velarde podemos asegurar que estaba en la Ruamayor, a espaldas de la casa núm. 9, porque años después se incendió y figura como dueño el mismo. En varios documentos vemos dar a la calle más antigua de Santander indistintamente el nombre de Alta y Ruamayor, aunque todavía la veremos citada con el primitivo de San Pedro.

Todo el comercio estaba, pues, dentro del recinto murado. Fuera no hay más que marinería pescadora, la cual toma ya tal importancia que en 1751 se encabezan las actas del Ayuntamiento: «Estando los Sres. XX (justicias) y Reg. (regimiento) y Oficiales del Noble Cabildo de San Martín de la Mar juntos para resolver sobre petición del Obligado de la carne...»

JULIÁN FRESNEDO DE LA CALZADA



Agustín Riancho. (Dibujo de Flavio San Román)

AGUSTÍN RIANCHO Y GÓMEZ

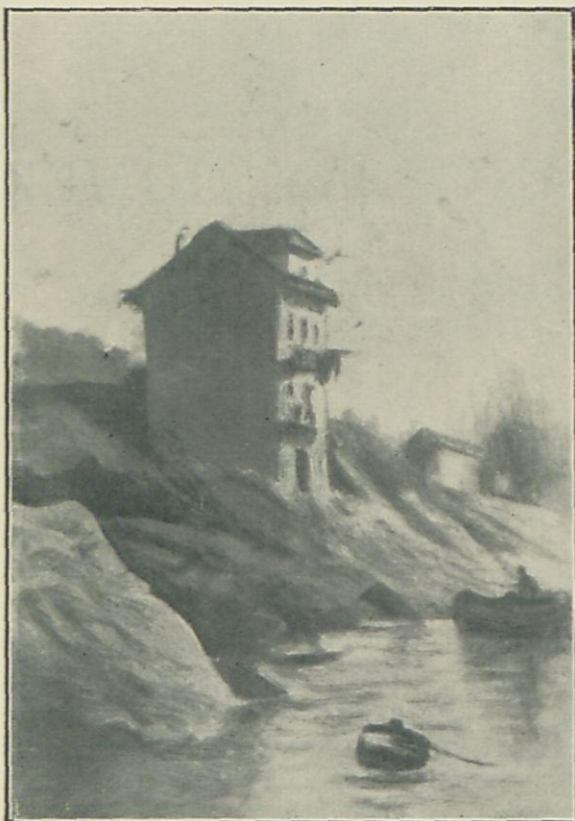
ALGUNOS DATOS SOBRE LA VIDA DEL PINTOR, SEGÚN RELATOS DE ÉL MISMO

Nació en el pueblo de Entrambasmestas el 16 de noviembre de 1841. Tenía, pues, cuando murió ochenta y ocho años que, aunque muchos, no eran tantos como se le atribuían y creían sus familiares y él mismo. Así como hubo siempre error en su segundo apellido, pues él usaba los dos de su padre que eran Riancho y Mora, siendo el de su madre Gómez, según reza en la Fe de Bautismo.

Hijo de humildes labradores, y sin haber visto nunca nada que con el mundo artístico se relacionara, desde la más temprana edad se despertó en él un gran afán de copiar cuanto le rodeaba, valiéndose de materiales de los más rudimentarios y, como él principalmente, aparte de las horas en que iba a la escuela, se dedicaba a cuidar del ganado que sus padres tenían, aprovechaba, a semejanza del Giotto, esas horas para reproducir en el suelo, en las paredes y en las piedras, las siluetas de los animales que estaban a su cuidado. También en la escuela se dedicaba algunos ratos a copiar a pluma los grabados y cromos de santos que allí había, por encargo de las viejas del pueblo, que le gratificaban con algunos cuartos por cada uno.

Hasta no hace mucho tiempo podía verse aún en las paredes de su casa, los trazos de un dibujo con que trató de copiar la diligencia que hacía el servicio entre Burgos y Santander. Para ello se valió de trozos de leña carbonizada que cogía en el llar.

Por esta época, en que tendría unos doce o trece años, llegó a su pueblo con licencia un soldado, asistente del general Espartero, quien le enteró de la existencia de los lápices, produciendo la noticia gran satisfacción en el incipiente artista, que desde ese día insistía constantemente cerca de su padre para que se los trajera de la capital, en los frecuentes viajes a que le obligaban sus trabajos de carretería. Y en efecto, éste quiso complacerle, dirigiéndose para ello a D. José M.^a Martínez (fundador del BOLETÍN DE COMERCIO) al cual servía, quien al enterarse de que lo deseaba para *un hijo que tenía la extravagancia de emborronar paredes, puertas y cuanto había a su alcance*, se interesó vivamente por el muchacho y entregó al carretero el papel y los lápices, pero a condición



Paisaje (Propiedad del Dr. Celada)

de que en su primer viaje le trajera algún trabajo de su hijo, como así lo hizo, devolviendo los papeles llenos de *borrones* según expresión suya, pero que vistos por D. José M.^a Martínez y el regente que en la imprenta tenía y que también se había interesado en el asunto, le dijeron que cuando volviera a Santander trajera con él al chico.

Poco tiempo después, no pudiendo venir él mismo, se lo encomendó a un amigo suyo, carretero también, y con éste se puso Agustín en camino para la capital, pero teniendo que pernoctar en el Astillero, indicó al muchacho el camino hasta Santander a donde llegó a la caída de la tarde, cuando en la calle de San Francisco estaban encendiendo los escapa-

rates, asustándole de tal modo tantas luces y tanta gente, que sin pararse a reflexionar, se volvió paso a paso a Entrambasmiestas.

Su padre le regañó mucho, quedando en que en su próximo viaje le acompañaría a Santander y así lo hizo a los pocos días, yendo directamente a la casa de D. José M.^a Martínez, quien al conocer al muchacho se decidió a encargarse de él, diciendo a su padre que se volviera tranquilo pues el chico quedaría en su casa bajo su cuidado. Y así, después de entregarle papel y lápices le dijo que podía salir a recorrer la población, haciendo dibujos de lo que le interesara, encargándole que se atuviese sólo a guardar las horas por él indicadas para seguir la vida de la casa, y recomendándole que todos los días le enseñase los dibujos que hiciese a él y al regente de imprenta, para de este modo hacerle las debidas correcciones.

Viendo, pues, estos señores, los progresos que el joven hacía, decidió D. José María escribir algo en su periódico acerca del precoz e interesante artista y también habló a amigos particulares suyos, para entre todos abrir una suscripción y con una cantidad mensual fija, poderle enviar a Madrid a la Acade-



Paisaje (Pertenece a la Excma. Diputación)

mia de Bellas Artes. Siendo muy bien acogida esta iniciativa el joven artesano fué instalado en Madrid (en casa de una modesta familia montañesa), donde estuvo por espacio de tres o cuatro años, teniendo entre otros maestros, al famoso paisajista Carlos Haes. Allí consiguió al cabo de este tiempo, en un concurso de alumnos de la Academia un segundo o tercer premio, y animados por este éxito se decidieron sus protectores a enviarle al extranjero, para que ampliase sus estudios artísticos.

Estos señores pensaron primero en París, pero desistieron de ello temiendo que los peligros de la vida en tan gran urbe pudiesen perjudicar al ingenuo e inexperto joven y decidieron por fin enviarle a Amberes, capital también de abolengo artístico, pero de vida más tranquila.

Allí entró en una de las principales academias donde estuvo instruyéndose en el oficio durante tres años, al cabo de los cuales y en vista de los grandes progresos que según su profesor hacía, los protectores del joven en Santander preguntaron si podría ya ganarse la vida por sí solo, contestando el profesor afirmativamente, y desde entonces quedó Agustín libre dueño de sus actos, y luchando en la vida con sus propios medios, permaneciendo en Bélgica dieciocho años más sin volver a España. Durante este tiempo, vivió primeramente en Amberes, como queda dicho, y después en Bruselas, yendo generalmente a pasar los veranos a las Ardenas, con algún otro compañero de oficio. En Bruselas conoció a un marchante de cuadros quien hizo con él un contrato de pasarle una mensualidad a cambio de quedarse con un número determinado de obras

escogidas a su elección. Estas obras las mandaba el marchante la mayor parte a Londres, y por consiguiente debe ser en Inglaterra donde haya mayor número de cuadros de esa época del insigne montañés.

Este marchante se interesó tanto por él y hacía tan buenos negocios con sus cuadros, que hasta llegó a hacerle algunas indicaciones de que se casara con su hija. Fué un momento crítico y decisivo para el joven pintor, porque por un lado veía resuelta su vida, pero por otro, no habiendo nunca perdido el amor a su tierra natal y guardando de ella una idea grande, temió no volver a vivirla al casarse con una extranjera, aunque de ella estuviese enamorado, y se hizo esta reflexión: que puesto que durante tantos años había podido ganarse la vida con sus pinceles en país extraño, mejor lo haría en el suyo propio.

Llevado de estas ilusiones, cogió sus bártulos y se vino a España, pasando por París, donde se detuvo unas cuantas semanas. Pero cuando llegó a la Montaña sus ilusiones fueron pronto defraudadas, pues vió que no había ninguna afición a las Bellas Artes y salvo contadas personas, que le compraban alguna obra y le prestaban apoyo, tenía que rifar tristemente sus cuadros, demostrando en esta época de su vida, como en toda ella, además del cariño y abnegación por su oficio, un carácter bondadosísimo y resignado, no habiendo tenido nunca, a pesar de todo, la menor acritud contra su suerte ni contra otros artistas que, sin valer tanto como él, habían sido más reconocidos y mejor retribuidos en sus trabajos.



Paisaje montaños (Pertenece al Museo Municipal de Santander)

Pensó alguna vez, en vista de ello, irse a Madrid, pero le dieron pocas esperanzas de éxito, y entonces se acobardó de tal manera, que se retiró a su rincón de Entrambasmestas, al calor de la familia que le quedaba (un hermano casado) compartiendo con ella su vida y trabajos, sin dejar nunca de pintar y con el único compromiso de traer la leña para el consumo de la casa; y esto es igualmente sorprendente, que sin hacer más salidas de su pueblo que alguna que otra cuando venía a Santander, ni ver durante tantos años las tendencias y evoluciones de la pintura, evolucionó él por sí solo, siendo su última época la más admirada por los artistas más modernos. Así vivió hasta muy avanzada edad, en que siendo al fin reconocido su mérito por sus propios paisanos, tuvo la satisfacción de verse recompensado artística y materialmente, primero en Santander con una Exposición de gran éxito económico en el Ateneo y un banquete homenaje en su honor, y más tarde en Santillana del Mar, con otro homenaje iniciado por ilustres personalidades, lo cual halagó sobremanera al viejo maestro. También la Diputación Provincial le asignó en los últimos años una pensión vitalicia, pudiendo llevar desde entonces una vida sin privaciones (que habían sido muy duras durante una gran parte de ella) y mucho más respetado hasta de sus convecinos, que aunque siempre le estimaron, le habían tenido por un iluso y extravagante. De este modo vió cumplido su más ardiente anhelo de verse reconocido y admirado en su amada Montaña.

Esta fué la vida del singular artista que con Casimiro Sáinz, nacido unos años después, y muerto joven aún, pueden considerarse, aunque con muy distintos temperamentos y cualidades, como dos de los más interesantes paisajistas de la última mitad del siglo XIX. Casimiro Sáinz, con una visión finísima de la naturaleza y con gran amor a su oficio que dominaba plenamente, y Riancho, con una factura mucho más tosca, pero llena de virilidad, empastada maravillosamente, y sobre todo con una personalidad destacadísima.

JOSE CABRERO Y MONS

RIANCHO, JUZGADO POR AMÓS DE ESCALANTE EN 1867

En una de las más pintorescas gargantas de los montes cántabros vivía pocos años ha Agustín Riancho Mora, hijo de pobres y honrados labradores; pocas vocaciones de artista habrán aparecido con tan señalada energía como la suya. El instinto del dibujo se despertaba en él casi a la par de la razón; falto de medios materiales para satisfacerle, se los creaba él mismo, improvisaba lápices con los carbones no muy gruesos ni muy sobrados de su hogar; construía un compás de madera, y después de copiar minuciosamente las estampas de santos que encontraba a mano, se ponía a retratar la yunta y la carreta de su padre.

La naturaleza que veía, el suelo que pisaba, los montes que su inquieta mirada descubría, el cielo en que vagaban confusas las aspiraciones de su alma niña y balbuciente todavía, eran otras tantas influencias que obrando sobre su talento naciente debían moverle a elegir camino en la vasta esfera del arte. La vida en aquellas aldeas es una agua mansa cuyo seno agitan pasiones voraces, de acción escondida y sorda, invisibles, por tanto, a la imaginación ligera de un niño que se fía penetrar los misterios del fondo; los libros no habían llegado todavía a despertar su curiosidad o su extrañeza; en cambio, el país nativo le mostraba su fisonomía acentuada, agreste, grandiosa, de infalible efecto, cuya hermosura se graba en el corazón y le hace latir a largas distancias tras largas ausencias. Así Riancho, sin imaginar siquiera que existían otras maneras de arte, cedía a su necesidad instintiva y se hacía paisajista.

La inspiración en artes y letras no es quizá otra cosa que un eco perenne cuya voz repite una impresión lejana y primera del alma; en todas sus manifestaciones aparece un elemento constante que las unifica y forma el individualismo, la manera y carácter del poeta y del artista.

Copiaba los grandes contornos de la montaña, las rocas suspendidas que amenazaban el techo de su casa y dejan colgar sobre él su espesa cabellera de madre selvas y zarzamoras, asilo de jilgueros y verderones; los castaños de tronco carcomido y vano, de pomposa y opulenta copa erizada de fruta, árbol generoso, que sin vida propia la ofrece abundante y sana al hombre, en cuyo obsequio gasta su savia toda sin nutrirse de ella, emblema de esas almas raras sobre la tierra, que predicán esta santa doctrina: —«Nada para mí, todo para vosotros.» Copiaba las piedras sueltas que rueda el Luena en sus días de caudalosa furia y entre las cuales se pierde y disimula durante la estación estiva, y las masas de follaje con que oscurecen su



Alameda Segunda (Propiedad de D. José Cabrero)

cauce los robles de la ribera y las ondulantes bóvedas que tejen los helechos sedosos sobre el manantial, cuya existencia advierten sordos y hervorosos murmullos.

Y cuando, amparado por amigos celosos de la gloria del país y codiciosos de hacer bien, salió de sus agrestes hoces y vió la costa cristalina y el mar por vez primera, cedió luego al influjo del nuevo y maravilloso espectáculo y se dió a imitar la rompiente espumosa de las olas, y la soledad majestuosa, el horizonte sereno del océano en calma.

En unos y otros ensayos asomaba, a través de la inexperiencia, ese candor primero, exento de artificio y afectación, fuego de vida que presta a las obras de arte atractivo y belleza singulares, siendo en ellas lo que la risueña inexperiencia, la ingenua y adorable ignorancia de la niñez en la criatura humana.

No tenía escuela, no sabía; ignoraba que existen hábiles recursos merced a los cuales el pintor, encerrado en su estudio, dentro de ciudades populosas, sin aire casi y sin sol, lejos de la campiña y de sus ricos panoramas, combina y finge sobre un lienzo los accidentes pintorescos de una comarca, dando placer a los ojos y seduciendo la imaginación; pero con la intuición delicada de su órgano artístico veía y veía bien; esto le bastaba para imprimir en su trabajo aquel sello de verdad característica que nos hace adivinar a veces en la pintura histórica cuándo una figura ha sido copiada sencillamente del natural y cuándo compuesta con paciente y consumado estudio.

Parecía que semejante enseñanza, libre, espontánea, cordial, suave y cariñosa-



Dibujo (Propiedad de D. Pedro Lorenzo)

mente insinuada de una parte, fervorosamente solicitada de otra, debiera ser tan eficaz y poderosa, que así en bien como en mal, sus virtudes y sus excesos sellasen para siempre el estilo del alumno, apareciendo en sus obras con las cualidades que la libertad fomenta en el ánimo, fogosidad, brío y cierta licencia que fácilmente se hace perdonar por lo que tiene de valiente y la inevitable seducción que ejerce.

Sin embargo, ninguno de los dos lienzos de este autor, números 343 y 344, revelan sus principios. Únicamente la elección de sus elementos, rocas, árboles y aguas vivas, semeja como un vago recuerdo de lo que fué cuna de su talento: de color seco, de contornos duros, tocadas las luces con pincel sucio, diríamos que estos lienzos han sido pintados sin voluntad, sin fuego; carecen del calor necesario en toda

obra de arte para que ésta no parezca fruto de un instrumento inerte y ciego, sino hija de mano dócil guiada por un espíritu inflamado y activo.

Riancho Mora, destinado por la naturaleza a ser paisajista excelente, necesita cuidar su vocación, atender a las enseñanzas de aquella primera y generosa maestra, no enervar su propio talento con procedimientos de estudio, no agostar su frescura, no tratarle, en fin, como son tratados los desgraciados niños, cuyo organismo vicia, cuya inocencia mata una especulación avarienta, obligándolos a ejercicios de fuerza extraños a sus facultades y desarrollo.

AMÓS DE ESCALANTE

(La Época, 1867).

*¡Dios señor mío; es de noche
 y apenas si veo para escribir!
 Reciba mis afectos extensivos
 a su distinguida familia
 Su affmo seguro servidor
 Q. J. M. B. *Eguiguren Barrio*
 Entrambasmiel 4 de Noviembre de 1923*

BREVE EPISTOLARIO DE RIANCHO

(1) Sr. D. Luis Martínez, Alcalde de Santander.

He recibido su carta, fecha 30 del pasado octubre, con que V. se ha servido honrarme, y en la que me ruega como presidente de la Biblioteca municipal que done a ésta alguna obra pintoresca.

Profundamente agradecido al muy señalado honor que V. y la comisión de su digna presidencia me dispensan, he de manifestarme reconocido también, aprovechando esta ocasión, a la ciudad de Santander, que tanto me favoreció en los comienzos de mi carrera artística, pues a la bondad y la generosidad de algunos paisanos míos, de distinguidos santanderinos amantes del arte, debo el haber realizado mis estudios en los grandes centros donde se cultiva con superior acierto la pintura.

Reconocido como estoy a tanto favor, mi mayor deseo es el corresponder dignamente a la invitación que Vds. se sirven hacerme y presentar en el Museo municipal un trabajo en el que haya puesto yo toda mi voluntad, y he de enviar para esa exhibición permanente que tanto evidencia la cultura montañesa o uno de los lienzos que ya tengo terminados, o algún otro que pintaré expresamente, procurando llevar a él algo de la belleza incomparable de nuestra hermosa tierra.

Si mis escasos medios de fortuna y la falta de mercado que para el trabajo artístico se advierte en Santander no me han permitido en estos últimos años enviar mis cuadros a las exposiciones, a gala tendré el que alguno de ellos figure en el Museo municipal de esta noble y meritísima ciudad, para que esta labor

mía se tenga siquiera, aun cuando no sea grande su mérito, para una prueba del íntimo y leal amor que siento por la Montaña y de la profunda y sincera admiración que en mí despiertan sus paisajes, espectáculos siempre superiores al arte humano.

Sírvase V. recibir el testimonio de mi respeto y de mi consideración más distinguida.

Suyo afmo. seguro servidor q. b. s. m.

AGUSTÍN RIANCHO

Santander, 6-11-1908.

(2) Excmo. Sr. D. Luis Martínez, Alcalde de Santander.

Muy respetable y distinguido señor mío: En contestación a su muy atento y afectuoso besalamano fecha 6 del corriente, tengo el gusto de manifestarle, después de corresponder a sus corteses saludos, que he resuelto destinar al nuevo Museo municipal, que tanto honra a Santander, uno de los cuadros en que mayor trabajo y mayor atención he puesto, y en el que he procurado reproducir algo del hermoso paisaje montaños, encanto de todo artista.

Al entregar a V. este modesto trabajo mío complázcome muchísimo en que vaya a ocupar un lugar entre las obras de los más distinguidos e inspirados pintores montañoses, pues ello es para mí una honra que cumplidamente me satisface y que trae una alegría a mi penosa y difícil carrera artística, tan poco favorecida por culpa de la indiferencia con que se asiste en España a los esfuerzos realizados en beneficio de las Bellas Artes.

Repito las manifestaciones de mi gratitud que formulé en la carta que anteriormente tuve el honor de dirigir a V. S. por haberse contado con mi cooperación modestísima para formar esa sección de pinturas montañosas del Museo municipal.

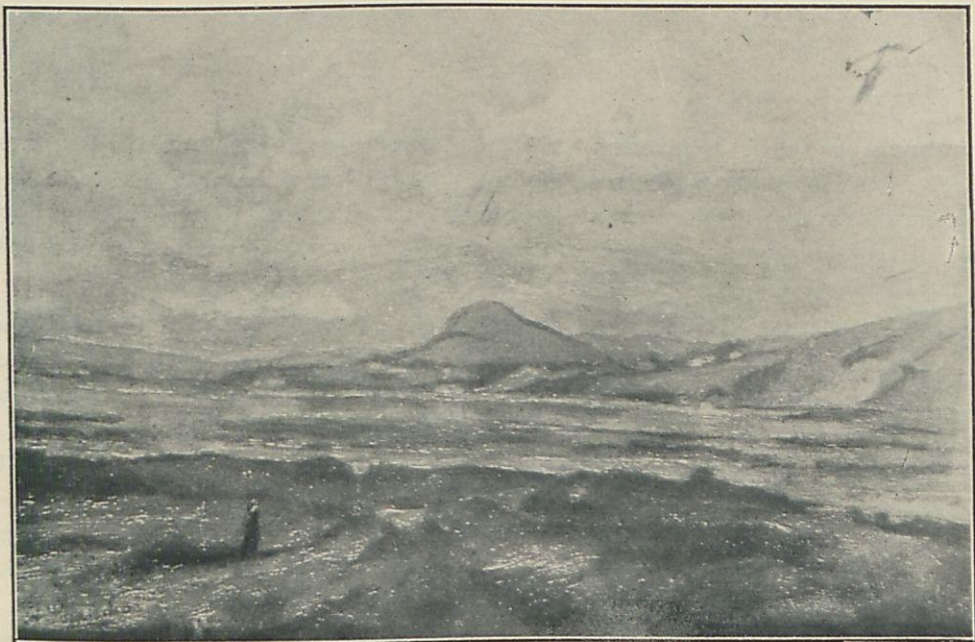
Y quedo de V. afmo. y seguro servidor q. b. s. m.

AGUSTÍN RIANCHO

Santander, 21 enero de 1909.

(3) Sr. D. José Cabrero Mons.

Muy señor mío de mi mayor aprecio y consideración: Hoy cojo la pluma para escribir a V. y siento mucho no haberle dado noticias mías desde la última carta que tuve el honor de dirigirle hace ya mucho tiempo, y es que me da vergüenza escribir las pocas ideas que salen de mi cabeza.



Marina (Propiedad de D. José M.^a Pereda)

Es un hecho que a medida que los años pasan sobre mi organismo mayor atención pongo en el estudio de la naturaleza; imitar con los colores materiales que tenemos a nuestro alcance el colorido, fenómenos y transformaciones poéticas que la luz, como V. sabe, imprime a los objetos, es ahora mi constante preocupación.

He terminado las alamedas, que me parece han de gustar a V. y al Sr. Pereda (más que la otra) porque ha sido mejor la inspiración; dos paisajes grandes, los de la Vega, y trabajo algunos más pequeños para aumentar el número de los que pueda exponer en el Ateneo de la capital montañesa en época adecuada, porque no teniendo la dicha de Rubens, que no necesitaba pintar para vivir, me obliga la necesidad a ello, dirigiéndome a aquellos afortunados que quieran sacrificar algunas monedas en aras del arte.

Y deseando a V. y a su familia con motivo del presente año nuevo muchos años de vida y todas las prosperidades posibles, se despide de V., hasta que tenga el gusto de volverle a ver, su atto. afmo. seguro servidor q. s. m. b.

AGUSTÍN RIANCHO

Entrambasmestas, 1 de enero de 1922.

(4) Sr. D. José Cabrero Mons.

Muy señor mío y de mi mayor aprecio y consideración: Me parece que ya es hora de escribirle porque hace un mes que llegué aquí con grandes deseos de trabajar; el trayecto de Ontaneda a Entrambasmestas le hice como siempre, a pie; algunos campesinos que me vieron se acercaron para felicitarme por el éxito obtenido en la capital de la Montaña.

«Ese éxito—respondí—le debo en gran parte a D. José Cabrero, a sus amigos los dignos presidentes del Ateneo, D. Estanislao Abarca y D. Gabriel Pombo, a la falange de escritores y artistas montañeses, gloria de la tierruca, y también al vecindario que comprende ya lo que significan las Ciencias y las Bellas Artes, ignoradas por el pueblo español hace siglos. ¡Muchas gracias por el saludo! Adiós, y conste, amigos, que yo no merezco esas alabanzas.» Entonces me miraron entre los dos ojos como a un extranjero que no hubiesen visto nunca, y una mujer, que no había dicho nada, soltó la voz y dijo: «Ahora ten mucho cuidado, no te pases retratando los árboles y el firmamento.»

El caso es que doy paseos kilométricos buscando el paisaje primitivo, sin reparar en dificultades; ese paisaje que va desapareciendo de muchas regiones debido a las necesidades del hombre. He bosquejado algunas tablitas y dos cuadros mayores.

Respecto al cuadro para ese culto Centro me parece lo más acertado lo elijan ustedes entre los mayores que exponga dentro de un año.

El tiempo continúa muy variable. ¿Contribuirá a esta situación Marte? Los astrónomos aseguran que ese planeta está hoy lo más cerca posible de la Tierra. Desde luego se puede asegurar que no habrá pocos telescopios haciéndole la puntería.

El cura párroco de este pueblo sacó mi fe de bautismo y resulta que tengo la edad de 87 años, que cumplí el 15 del mes pasado.

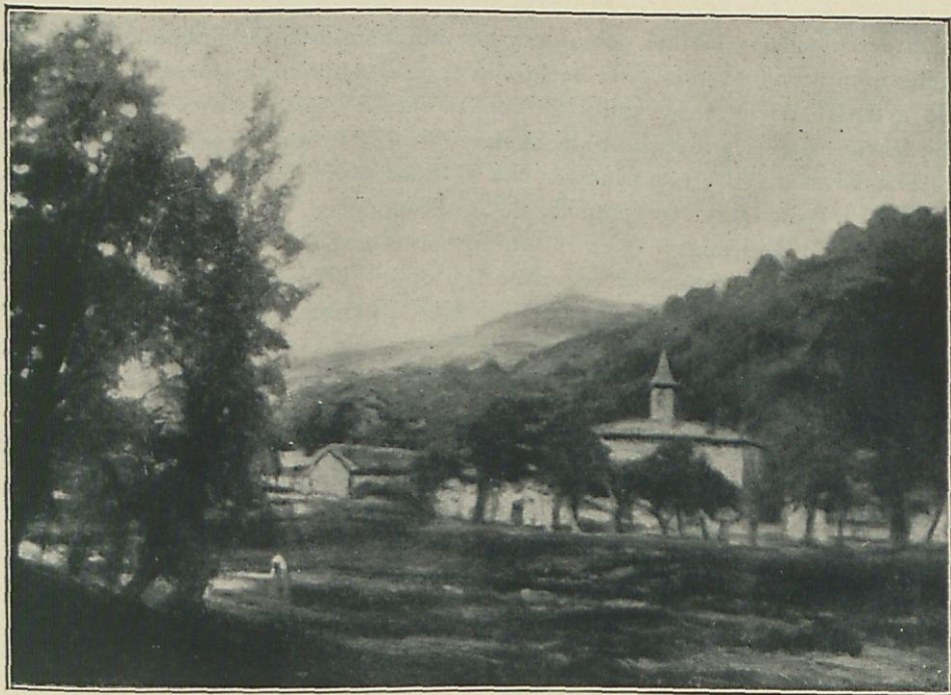
Dada la gran vocación que V. tiene para la pintura me parece que está V. pintando a la hora presente en Peña Castillo, rodeado de su distinguida familia. ¡Que sea por muchos años!

Y con esto no le canso más por hoy: reciba mis afectos extensivos a su señora y niños, que ya me conocen.

Su afmo. seguro servidor q. s. m. b.

AGUSTÍN RIANCHO

Entrambasmestas, 17 de agosto de 1922.



Entrambasmestas (Pertenece al Museo Municipal de Santander)

(5) Sr. D. José Cabrero Mons.

Muy señor mío de mi mayor aprecio y consideración: Últimamente tuve el honor de escribirle a Cajo, y esta carta me parece le halle a V. en Santa Cruz con su buena y bondadosa familia.

Después de aquella protección que VV., los intelectuales de la capital montañesa, me dispensaron sin yo merecerlo, volví aquí a ocuparme de la pintura con más ahinco que nunca todos los días bonacibles; voy al monte temprano y vuelvo por la noche a casa rendido de cansancio. En mis observaciones ante lo creado me río algunas veces de nuestros pobres medios de imitación, y sin embargo, los grandes artistas con esos medios representan las mismas impresiones, los mismos efectos que nos presenta la luz del día a todas horas; todo el mundo sabe que la pintura es muy difícil y la mayoría de los artistas pasamos fácilmente en nuestros estudios de una extremidad a la otra por no fijarnos bien en los referidos medios de imitación.

En Bruselas se celebró hará cosa de 50 años, poco más o menos, una exposición universal; yo me hallaba entonces en esa ciudad, viviendo del producto de mis pinceles, y envié dos cuadritos. Corot expuso unos paisajes que la comi-

sión de colocación arrimó por aquí y por allí a un montón de cuadros de todo género, muy monótonos. Este hecho dió el resultado que se esperaba, y el mundo artístico de entonces admiró aquellos ramos de flores por algún tiempo. La lección fué de provecho para la mayoría que veíamos negro; pero esto no rezaba naturalmente con pintores tan grandes como Díaz, Delacroix, Troyon, Daubigni, Leis, Lis y otros muchos de la misma época, cuyas obras vivirán todo lo que duren las tablas y telas en que fueron pintadas.

Ahora bien, a mí me parece, salvo la responsabilidad numérica, que buena falta nos hace hoy otra lección como la citada que nos saque del polo opuesto en que hemos caído y pare el sinnúmero de neblinas que vamos pintando sin parar. Muchos artistas vemos claro en los mismos negros y esto es disminuir todavía más los medios de imitación citados arriba.

Trabajo mucho y no tengo ningún cuadro terminado, debido a la variabilidad del tiempo.

Su afmo. seguro servidor q. s. m. b.

AGUSTÍN RIANCHO

Entrambasmestas, 30 de septiembre de 1922.



Plaza de Vega de Pas (Propiedad de D. José M.^a Pereda)

(6) Sr. D. José Cabrero Mons.

Muy señor mío de mi mayor aprecio y consideración: Hace unos días hice una visita a un amigo agricultor que vive al pie del Escudo, montaña que separa el valle de Toranzo, de las Castillas, y me contó lo siguiente: «Ya tenemos en puerta el año 1923, que cogerá el puesto del actual, que ha sido fatal a la mayor parte de los seres del género humano por haber abusado de sus regaderas; pero acaso el daño haya sido parcial en este mundo y las razas inferiores del África hayan salido en lancha; aunque ya los astrónomos tuvieron buen cuidado de anunciarnos por boca de la prensa que el planeta Marte, que ellos estudiaban en sus movimientos, se acercó a nuestro globo todo lo que le es dado acercarse; por manera que si esos hombres no mienten, a Marte es a quien debemos culpar por la pérdida de nuestras cosechas y las inundaciones que hemos sufrido, pues no dejaría de perturbar la atmósfera de la tierra, que tan cerca le tuvo, y nosotros no teniendo a quien apelar, porque nos hallamos en la dependencia de los elementos y orden natural de los astros en el espacio, sucumbimos, como siempre, poniendo las costillas.»

Llegados a este punto, aquel trabajador de la tierra se despidió, y yo me dirigí a mi casa, no sin recordar los sustos y capadas de agua que cogí el verano pasado admirando las grandezas de lo creado.

Un día fuí a pintar cerca del somo y en el improvisado camino que seguí hallé el esqueleto de un burro que parecía haber sido recientemente destrozado por las fieras; me quedé un instante pensativo; hay momentos en la vida del hombre que no se explican; lo natural, no teniendo armas, era volver atrás; pero no fué así; seguí mi camino y al poco tiempo me hallaba pintando, no sin temor, en el fondo de una cañada, volviendo algunas veces la cabeza para ver si veía las orejas al lobo. También por allí cerca volaba una águila de grandes dimensiones.

Usted me dió un gran susto en su última carta diciéndome que me haría una visita acompañado del gran artista Zuloaga; mucho lo agradecería, pero que no sea ahora porque no tengo ningún cuadro terminado; cuando los tenga ya tendré el honor de avisarle para ese efecto.

También aspiro a exponer en el Ateneo mi humilde producción de ahora a fines de mayo o principios de junio próximos, ya que VV. me hicieron tan cariñosa recepción últimamente.

Entretanto y con motivo del próximo año nuevo, que le tenemos ya muy cerca, me pongo a sus órdenes, deseando vea cumplidas sus aspiraciones y todas las felicidades posibles, extensivas a su distinguida familia.

Su afmo. seguro servidor q. s. m. b.

AGUSTÍN RIANCHO

Entrambasmestas, 30 de noviembre de 1922.

(7) Sr. D. José Cabrero Mons.

Muy señor mío de mi mayor aprecio y consideración: Me parece se halle V. en Santa Cruz y ahí le dirijo esta carta, sintiendo mucho no haberlo hecho antes; mas ¡ay! a principios del verano pasado cogí una insolación que me apartó del trabajo algún tiempo y ahora salgo de una fiebre que me ha tenido quince días en cama. Tenía pensado darle noticias mías cuando hubiese terminado los cuadros que estoy pintando, que son once entre chicos y grandes.

Vi la última exposición regional que tuvo lugar en el Ateneo, a la cual concurrí con un paisaje que me colocaron a una altura que pasó completamente desapercibido.

Ahora ya sé bien lo que es el «Modernismo». Cuando no le conocía me pareció siempre que sería alguna cosa nueva, algún adelanto de verdad en el grande arte de la pintura; más no hay tal cosa: es la «Decoración», un arte convencional, de segundo orden, cuyo origen es bastante remoto y se inventó para llenar techos de edificios públicos. La decoración, digo arriba, es un arte convencional que consiste en rebajar los tonos oscuros y reforzar los claros todo lo posible, con tendencias al idealismo.

Las mejores decoraciones que he visto son las de Jordán, en el Escorial.

Adiós, señor mío; es de noche y apenas veo para escribir.

Su afmo. seguro servidor q. s. m. b.

AGUSTÍN RIANCHO

Entrambasmestas, 4 de noviembre de 1923.

(8) Sr. D. José Cabrero Mons.

Muy señor mío de mi mayor aprecio y consideración: Ha fallecido el único hermano que tenía y me ha impresionado mucho porque no esperaba eso ahora, de 87 años, tres años más que yo.

El pobre se alegraba cuando los *señores* llegaban a la corralada, preguntando por mis humildes producciones.

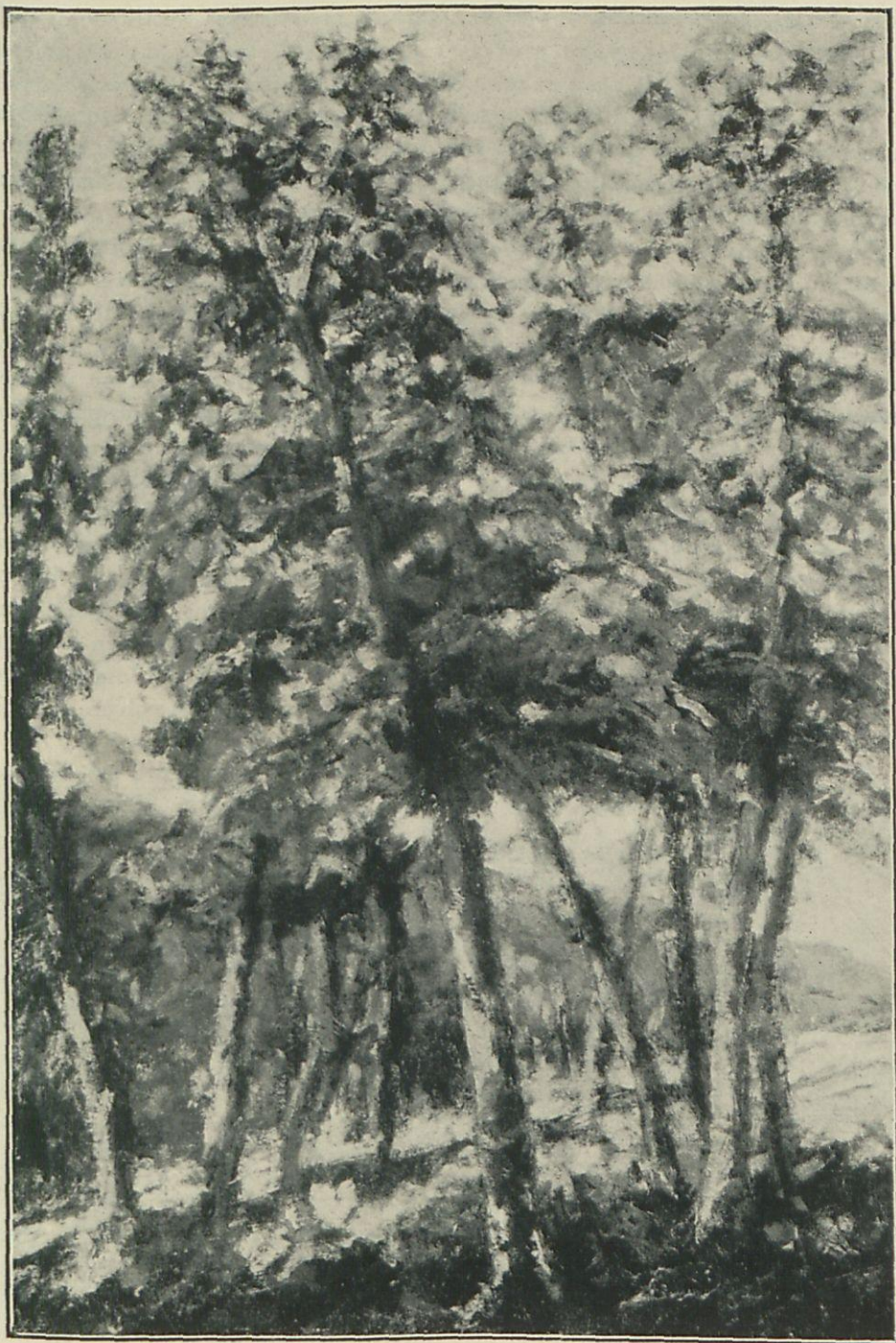
Mis felicitaciones de año nuevo, deseándole los años que dicen vivió Matusalén, extensivos a su distinguida familia.

Luego volveré por ahí y restauraré el cuadro de la Diputación.

Su afmo. seguro servidor q. s. m. b.

AGUSTÍN RIANCHO

Entrambasmestas, 7 de enero de 1926.



Paisaje (Pertenece al Ateneo de Santander)

(9) Sr. D. José Cabrero.

Muy señor mío de mi mayor aprecio y consideración: Recibí su apreciable carta del... a la que contesto hoy como puedo, porque todavía no estoy completamente repuesto de un gran frío que cogí a principios de invierno, que me impidió de trabajar ni de hacer nada en mucho tiempo.

Hace unos días estuvieron aquí algunos jóvenes artistas de la capital montañesa. Su presencia me animó muchísimo para una exposición, mejor dicho para mi futura exposición de Madrid, que he de realizar si vivo. Con hombres como los dignos presidentes del Ateneo, D. José Cabrero y otros, luego alcanzaremos a los vascones, nuestros convecinos y queridos amigos, que nos dejan ya hace muchos años atrás, pero muy atrás, en Ciencias. Digo Ciencias porque Bellas Artes y Ciencias es todo uno.

Tengo en mi poder una carta del joven montañés Juan José Cobo Barquera, residente en Madrid, artista pintor, discípulo del Sr. Menéndez Pidal, en la que me recomienda al Sr. Menéndez para la organización de mi futura exposición, y habiendo encontrado eco en dicho señor me lo comunica con mucho gusto.

Contesté agradecido al Sr. Barquera. Para dicha exposición tenía que pintar unos ocho o diez cuadros, cuya ejecución me llevaría por lo menos un año. En la Montaña tenemos un clima muy variable que se presta poco a la confección de un paisaje. En fin, ahora estoy con la cuestión; resuelta ésta, volveré a escribir al Sr. Barquera.

El cuadro para el Ateneo está terminado; mas como estoy aún delicado de salud, por ahora no iré a Santander.

Su atto. seguro servidor q. s. m. b.

AGUSTÍN RIANCHO

Entrambasmestas, 31 de julio de 1927.

(10) Ontaneda, 22 de julio de 1929.

Sr. D. José Cabrero y Mons.

Muy señor mío de mi mayor aprecio y consideración: Recibí su atenta carta fecha 18. Referente a lo que nos dice del precio de los cuadros, ya sabe V., don José, que tiene amplias facultades para hacer lo que mejor le parezca.

Tocante a los que tenemos que mandar a Santillana le pediré un consejo; y es que, como V. sabe, el cuadro grande que está sin vender se le puso el precio

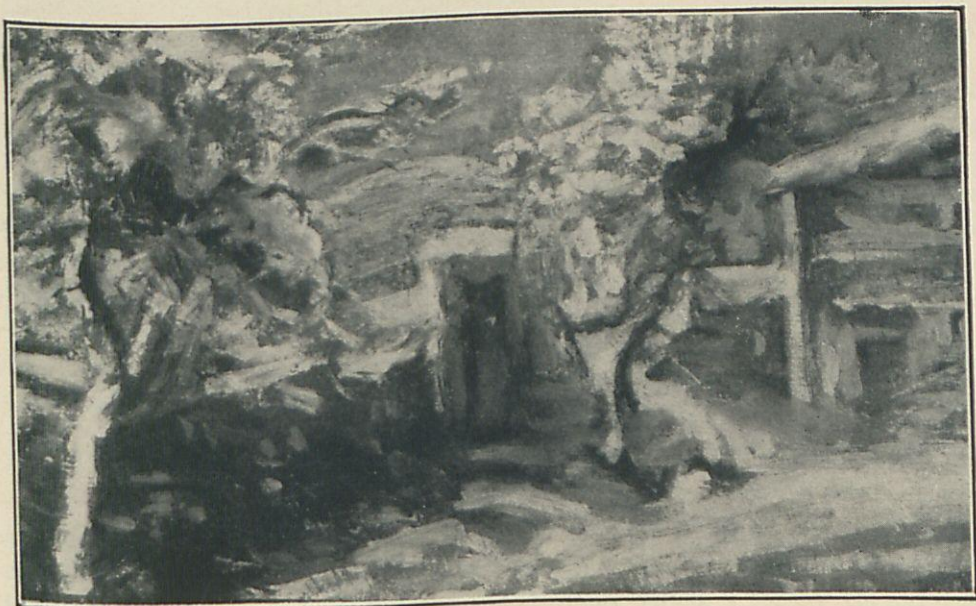
de 2.000 pesetas el año pasado; y según nos dijo es uno de los mejores cuadros que ha pintado, y yo así lo creo, porque el día que tenía que mandarlos me recomendó mucho que le despertara para verlos un poco antes de cerrar la caja, y así lo hice, y al poner la tapa le dije: «bueno, despídase de ellos que los voy a cerrar» y se quedó tan parado, sin hablar palabra, que si mi mujer no le quita del taller se echa a llorar como si hubiese enterrado a un familiar. Con esto le quiero decir que si estaría bien cambiar el precio fijado del grande para que éstos no le desmeriten, una vez que se le ponga casi al mismo precio, y subirle a 2.700 o 3.000, que él antes de mandarles eso nos dijo, que valía 3.000 pesetas.

.....

Mi tío sigue igual; la semana pasada llevó dos días hablando muy bien, pero en cuanto se levanta notamos que se trascuerda más.

Por mandato de él y nosotros le doy las más expresivas gracias, quedando a sus órdenes su atento y seguro servidor q. b. s. m.

MANUEL CULLÍO



Paisaje nevado (Propiedad de D. José Cabrero)



Entrambasmestas (Propiedad de D. Adolfo Pardo)

EL PAISAJISTA RIANCHO

A L escribir este artículo en memoria de D. Agustín Riancho para LA REVISTA DE SANTANDER—a la que deseo vida larga e intensa—revive en mí el día que le visité en su pobre retiro de Entrambasmestas. Cuando llegué al diminuto huerto del pintor—unos cuantos frutales y diez o doce colmenas en troncos de árbol—iba lleno de paisaje. Había apacentado la retina en la fina gama de verdes del campo montañés. Desde el verde oscuro de los pinos, que muestra un ceño sombrío para ocultar su condición de verde, hasta el verde claro, recién pintado, afanoso de su bisonñez, de las praderías. Verdes atenuados por azules insinuantes, desde el plateado de los eucaliptos hasta el tímido del cielo. Verdes y azules contorneados en las líneas de femenina redondez con que las lomas cierran los valles. Todo ello barnizado con cierta brillante transparencia que me hacía pensar que si los verdes y azules vascongados puede devolverlos la loza, los verdes y azules montañeses nos tienen que ser devueltos por el esmalte.

Buena preparación aquel apacientamiento, sin tiempo a rumiarlo intelectualmente, para visitar a un viejo paisajista. Olvido de prejuicios estéticos que me ponía en buena disposición frente a la noble sencillez del anciano y a la época pictórica que podía representar. Como esa época quería, me había puesto «frente al natural» y me había dejado ganar por él.

Riancho, con su perilla de hidalgo, discípulo de Haes, levantó en mí una alborada de infancia. Entre mis primeros recuerdos está el del viejo paisajista belga, contertulio diario de mi abuela en los estivales atardeceres algorteenos. Como el haberme abandonado a la emoción campestre me había aflojado los resortes de los prejuicios estéticos, la presencia de Riancho acabó por inutilizarlos, aunque no fuera más que por aquella tarde. Y brotó el dúo subterráneo de las emociones pueriles. Haes me había descubierto antes de la edad en que, según parece, se comienza a usar de la razón, el mundo del arte. Fué en una mañana luminosa del viejo puerto de Algorta. Llegaban las lanchas, centelleando al sol la plata de las sardinas. Haes, viejecito, sentado en una silla de tres patas, bajo la sombrilla de dril—estampa del paisajista de su tiempo—, iba tocando nerviosamente con sus pinceles unos montoncitos rojos, verdes, amarillos, azules, que tenía en una tablita. Y el pincel, cuando había recogido la pintura de los montoncitos, saltaba ligeramente sobre un lienzo que el buen señor tenía frente a sí. Y en este continuo ir y venir de los pinceles, de los montoncitos de pintura al lienzo, del lienzo a los montoncitos de pintura, iba surgiendo ante mis ojos maravillados la escena marinera. Y allí, en aquel trozo de lienzo, mi viejo amigo iba metiendo el mar, y las lanchas con sus sardinas centelleantes, y los marineros y las sardineras. Y este fué el panorama íntimo que desfiló ante mí por entre los frutales y las colmenas de Riancho. Su generosa ancianidad me devolvió mi infancia durante unos momentos.

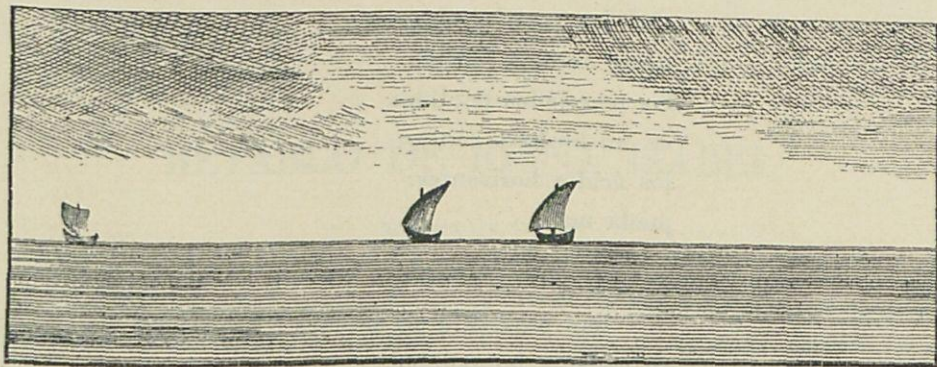
Extendiéndolos sobre la hierba, Riancho nos mostró algunos de sus últimos lienzos y unos pocos, muy estropeados, de los tiempos que vivió en Bélgica. Yo no conozco con demasiada precisión la obra de Riancho; pero la que he visto me lo presenta como uno de los más fuertes y personales paisajistas de su época, época que ha merecido bien de sarcasmos de las generaciones posteriores. Recordemos que ha habido momentos en que el gusto dominante prohibía detenerse en la sala de Haes del Museo de Arte Moderno de Madrid. Pero ya no hay por qué adoptar posturas belicosas frente a esa tendencia, y podemos contemplarla con serenidad y hasta con agrado. Porque lo que parecía trivial, minucioso, amanerado, fué, sin embargo, una liberación de otros pecados peores que estaban en boga. Aquellos paisajitos desterraron casi totalmente lo anecdótico, aunque de vez en cuando no dejara de asomar en alguna figura, demasiado convencional, o quizá en el título, enemigo, aunque externo, también de la pintura. Pero, no cabe duda, los paisajistas de la escuela de Haes fueron los enemigos sencillos y amables de la anécdota y los cuadros con título. Como entonces las gentes eran bien educadas, nadie dió voces energuménicas para

desterrar lo viejo. Al contrario, se le abandonó entre halagos y cumplimientos. Arte el de estos paisajistas demasiado ajeno a la pintura conceptual, pero no sin encantos. Le salva, quizá, su único prejuicio, que era creer no tenerlos. Porque no es fácil encontrar prejuicio que pueda igualar al de *pintar del natural*. Hoy nos parecen paisajes poco naturales por eso mismo, por quererlo ser. Así son los paisajes de la juventud y madurez de Riancho que conozco. Pintados con gran dominio de los medios que empleaba la escuela y con lo que entonces se llamaba *sentimiento de la naturaleza*. Todo esto facilitó—¡qué duda cabe!—el camino de los que vinieron después a maltratarlos, con una irrespetuosidad que ellos no tuvieron con sus antecesores.

Y de lo que aquel arte llevaba, aunque fuera tímidamente, en germen, es Riancho un ejemplo en su soledad de Entrambasmestas. Sin ver nada de lo que se hacía, vislumbró con su poderosa intuición caminos inéditos en su época de lo que pudiéramos llamar artista militante. Parece, viendo las obras últimas de Riancho, como si de una manera larvada y oscura se hubiera operado en su espíritu, durante sus cincuenta años de soledad, parte del proceso que clara y vigorosamente había seguido la pintura en el mundo en esos mismos años. Porque en los postreros lienzos de Riancho hay algo de impresionismo, y paradójicamente unido a él, un vago concepto arquitectural y sintético del paisaje. ¡Admirable viejo, que a sus noventa y dos años me decía: Ahora comienzo a ver el paisaje; dentro de unos años pintaré bastante bien!

Vió y pintó bien el paisaje, se puede decir con su terminología en plena justicia. Quizá en algunos aspectos tenga más interés que el propio Casimiro Sáinz para la pintura montañesa del siglo XIX. El mejor homenaje a su memoria sería que algún santanderino le estudiara concienzudamente y le situara donde merece estar, sin ditirambos comarcanos, pero también sin temores.

JOAQUÍN DE ZUAZAGOITIA



NAUFRAGIO

—Luz de unos ojos bonitos
que se cayeron al Mar
desde la prora de un barco,
¿dónde estás?

—Aquí en las aguas radiantes,
en las espumas de sal,
en los prismas nitescentes
del cristal.

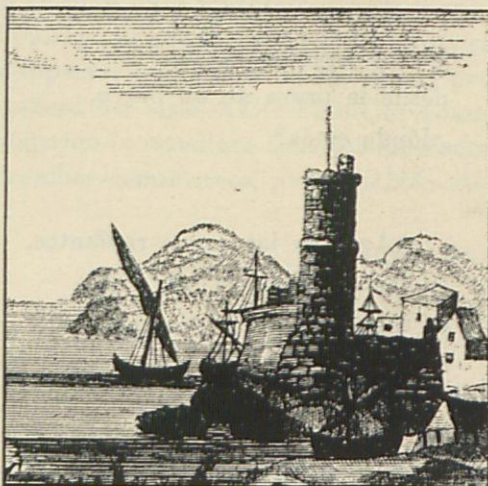
En la ráfaga, sedienta
de correr y de llorar;
en un sollozo del aire
transido del huracán.

Porque los ojos aquellos
ya no aciertan a mirar

sino los grandes abismos
de la enorme soledad,
las marejadas perdidas
en un bárbaro cantar,
los ácidos horizontes;
¡nada más!

Y han esparcido en las olas
su caliente humanidad
aquellos ojos bonitos
que se cayeron al Mar...

CONCHA ESPINA



RETABLO DE REINA ISABEL

MI PARAÍSO

Leguas de serranía protegen como un nimbo a Guadalupe, quebrantando fríos, endulzando calores, y el monasterio, al socaire de su regazo, puede soñar en largas primaveras. Todo pasó, menos la tierra.

Cubrían sus hazas entonces vides, olivos, naranjales, y en sus praderías y montaneras nutríanse toda suerte de rebaños. Era el cenobio más rico de España y el que más devociones despertaba. Ardían dieciséis lámparas de plata ante la Virgen morena; amontonaban a sus pies los reyes sus tesoros, los cautivos sus hierros. Todos la recordaban en sus empresas, y la victoria o el mal suceso les arrastraban, porque el mundo es así. Pero Ella no distinguía entre sus hijos. Devoción la más honda de la Reina, fué la primera entre las Vírgenes que su-



po la conquista de Granada, como antaño la rota de los Beni-Merín.

* * *

Amaba Isabel este retiro, esta cristiana colmena situada en feliz valle. «Mi Paraíso», le decía. Jerónimo Múnzer — Hieronymus

Monetarii—que llegó allí en los inicios de 1495, refiérelo en su «Itinerario».

¡Y paraíso era! En los huertos y claustros—al amor del agua serrana prolijada en regadíos—para el placer y el provecho, vides, limones, arrayanes, cidronelas, cipreses... De las crujías del sobreclaustro, se alcanzaban en su árbol las naranjas maduras. Los tordos—y era enero—cantaban en los olivares. (Unos castizos tordos, muy de tejas abajo, bien avenidos con repiques y visperadas y que, como los del dicho, cuando tañía el esquilón, se dormían al son.)

Aguardaban aquellos días a los Reyes fámulos suyos con copia de cofres y ajuar, y—detalle pintoresco—diversos papagayos, entre ellos uno de cinco colores: la testa gris, verde el pescuezo, vientre negro, roja la cauda, y celeste, con cabos verdes, ambas alas. (De seguro los venidos en la «Pinta» y la «Niña» que encontraron allí clima benigno.)

* * *

Tiempo perdido aquella espera: no llegó por entonces Isabel. Galíndez de Carvajal, que sigue año tras año las regias romerías, marca tan sólo tres estadas.

Fué la primera el 79—en plena guerra portuguesa—del 8 al 16 de enero. La segunda, diez años después, de paso para Andalucía, y la tercera en 1502—del 4 al 13 de abril—en que, enferma ya—pasada por los «enjos e cuchillos de dolor»—presintiendo la muerte, quisiera acaso oír por última vez cantar los tor-dos de Guadalupe, su Paraíso—doblemente—por lo bello y lo poco gozado. (Ni aun en las postrimerías le olvidó: quiso que allí estuviera su testamento, ese hacezuelo de folios que culmina en su última firma, estremecida e inmaterial casi).

MARGINALIA: JARDINES

1. SEGÚN GABRIEL ALONSO DE HERRERA

Los jardines de entonces eran más bien huertos amenos, abundantes en frutas. Para el adorno predominaban las plantas siempre verdes —laureles, murtas, tejos y cipreses—en ordenados corredores, alternando con muros de jazmín. Por igual en jardines y en claustrillas, su verdor que no requiere grandes desvelos, buscábase por su alegría. A veces se tallaban—los arrayanes sobre todo—como los del Generalife, la huerta del zambbrero o músico del rey.

Las flores no eran muchas: rosas blancas y rojas, claveles, alelises, lirios, heliotropos o tornasoles, agavanzas, violetas en recogidos violares. En las rinconadas, junto a muros de robusto aparejo—cerca y defensa al par—crecían las favoritas de los herbolarios, las que pueblan con sus virtudes folios y folios en las farmacopeas: malvavisco, llantén, manzanilla, verbena, matalanga o anís, menta morisca, salvia, sauco, valeriana... y acaso, las seis que maceradas con la rosa de cinco hojas daban la tinta mística para escribir arcanos de la alquimia: la mejorana, el loto, el lirio, la anémona, el narciso, la violeta blanca.

Y luego, a sus anchas, en las tierras más crasas y mimadas del sol, los reyes, los dioses mayores del lugar: los agrios—naranjos, cidros, limas, limoneros—tan graciosos por su «verdor de hojas, olor de flor, vista y provecho de fruta... que no se puede decir perfecto el jardín donde no hay alguno» (*); y los granados y moreras, albarcoques y almendros, perales, azufafos, nísperos...

Jardines de una belleza íntima, punzante, con su casi ausencia de esa exquisita sensualidad que son las flores, y su total falta de pájaros, ahuyentados por el piar de las aves de caza, taciturnas en sus alcándaras, o por sus locos vuelos hacia el sol, libres del emplumado capirote.

(*) Herrera: Libro de Agricultura.

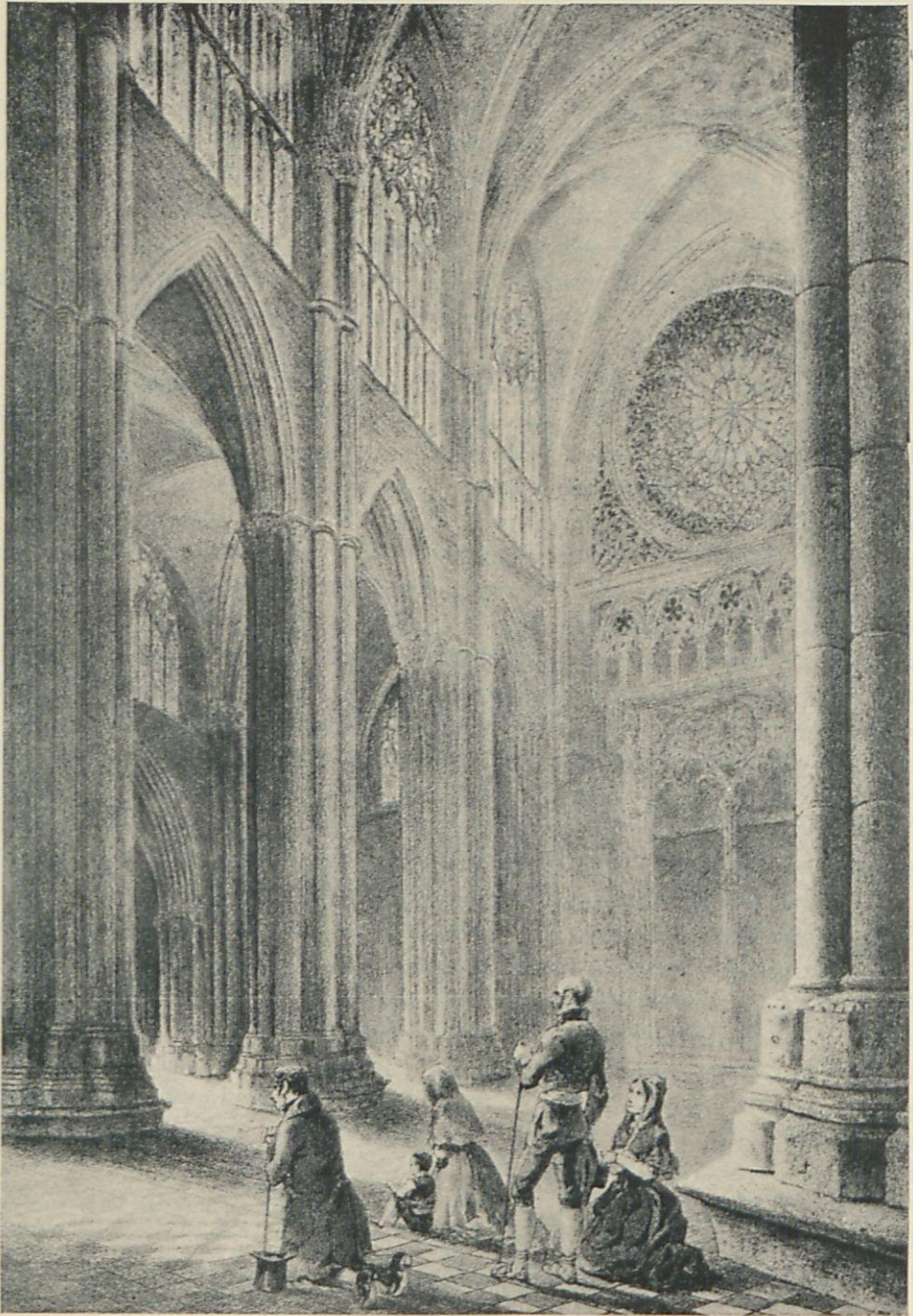
2. SEGÚN ABUZACARÍA VAHYA, ALIAS
BENELAGUAM EL SEVILLANO

Hacia el sur, a moros, iba no sólo en cuerpo sino en alma también nuestra Castilla, y de tales romerías rara vez se torna el mismo que se fué.

Los jardines, un tanto escuetos, ganaron en morbidez, en blandura, en gracia; el sol del vero andalus, más fatigoso, con más fuego, metió en la carne anhelos de sombras refrescantes y aguas, y a la primer generación nacida en los ganados tálamos moros, la victoria suriana fué completa. Las casas abrieron su corazón en patios y nunca más volvieron a cerrarle; por los huertos jardines—salidos de los claustros ya—corrió el agua en albercas y cauces, entre arrayanes y romeros, cantaron las norias so emparrados de cinamomo, y en las pausas de paz, los corazones, bajo las lorigas, oían a sus heredades decirles, cual en el viejo proverbio árabe: «hazme ver tu sombra, cultiva». Y fuéronse penetrando de una blanda sabiduría: supieron que la flor del espliego «alegra el ánimo y retira la tristeza concebida sin motivo»; que la pulpa de la granada—toda sangre ligera—«desvanece el rencor y la envidia»; que es abril—no mayo—el mes de las rosas y el tiempo de preparar con ellas las aguas, y jarabes, y aceites; que el sebestén se debe plantar junto a los estanques, por la hermosura y elegancia de su flor al desplegarse; que las adelfas—tan hermosas—son árbol muy infausto...

Las madreselvas eran más grandes y olorosas; los jazmines, albos, sangre y overos; las rosas ganaron nuevos reinos: el lapislázuli o celeste, el leonado o amarillo, y sus «marcas»: pétalos azul fuera y jalde dentro—la cual es muy frecuente en Trípoli—y su hermosa contraria. Los cipreses—sombrias moharras en el norte—lanzas de luz eran aquí. Crecían allí arriba como esquinales de las solariegas, arrastrando las almas hacia el cielo, pese a la tentación erótica de los palomares, siempre al costado suyo—ya se dice en Galicia: «palomar y ciprés, pazo es»—aquí eran nidos de gorriones—recalcitrantes epicúreos—y las palomas, en vez de despertar el fomes, traían paz, pues de la casa donde las hubiere retira Dios la plaga de los trasgos, que en todo travesean, porque emprendiéndola con ellas, olvidan a los moradores.

LUYS SANTA MARINA



CATEDRAL GÓTICA

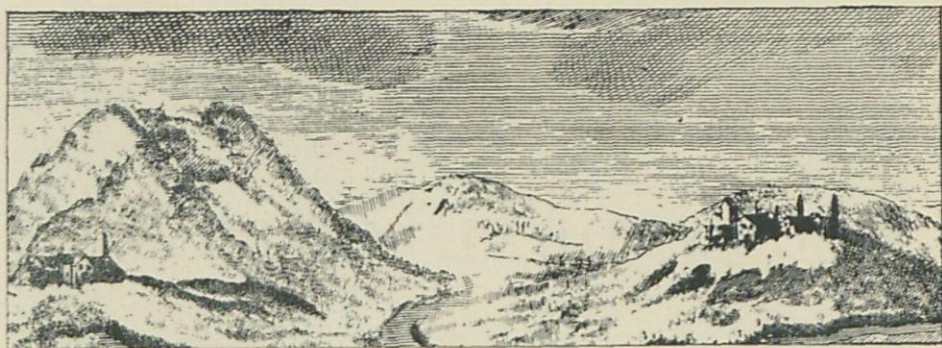
Cuando te miran ojos terrenales
buscar a Dios en delirante empeño
y ven a tus extáticos cristales
vistiéndote su túnica de ensueño;

cuando mirando tu calada estrella
y el albor de tu seno alabastrino
te ven hostia de paz única y bella
que ofrenda el Arte al Hacedor Divino,

parece a las atónitas miradas
que al poner en tus góticas arcadas
fulgor de incendio el declinar del día,

el Señor, aceptando el sacrificio,
fuego del cielo a consumir propicio
el holocausto de tu amor envía.

ALBERTO L. ARGÜELLO



LAS ANJANAS DE VALDÁLIGA

(Recitado por Pilar Verdeja Gómez.)

Las anjanas son chicas como un jelechu y delgás como un recién naciú. Diz que viven en las estrellas y que bajan por la noche a la tierra pa consolar a los tristes y a los necesitaos. Se tapan con un mantu blancu como la mesma nieve y gastan una picaya de plata con una cruz roja en la rigüelta del palu. Andan por tos los caminos las noches de luna onque haiga vientos y fríos. Los sábados se ajuntan en una cotera toas las anjanas y cantan esta litanía al memu tiempu que mueven las picayas de un lau pa otro sin tocar en la yerba ni en los morrillos de la braña:

Señor del vientu y del sol, mira por los desamparados. Señor del agua y de los luceros, consuela a las mozas enamorás. Señor del truenu y del relámpagu, castiga a las malas almas, las salenguanas y las avaricias. Señor de la mies y del monte, de los niales y de las cuevas, acaricia a los tristes. Señor del vientu y del sol, de los truenos y los relámpagos, de la mies y del monte, de los niales y de las cuevas, de los luceros y de las nubes, bendice las nuestras frentes y los nuestros corazones.

Después dan una güelta agarrás de la mano al redeor de la cotera y volan hacia las nubes en ringlera seguías de unos pájaros blancos con picos de oru. El que coja uno de estos pájaros alcontrará al día siguiente una talega mu grande, mu grande de doblones relumbrantes, debajo de un nogal esmochau. Las anjanas viejas, que ya no pueden volar a las estrellas porque las faltan las juerzas, se quedan en los montes onde, tienen una cuevas mu majas con muchas riquezas.

Si a la media noche vos alcontráis con daque anjana no lloraréis en toa la vida, ni tendréis hambre, ni dolores, ni malenconías jasta la mesma hora de la muerte. Los críos de vuestro casoriu serán muy agudos y nacerán con una cruz verde en el cielu de la boca pa curar la avaricia y las envidias. Las mozas despreciás por los sus novios pueden aliviar la su pesadumbre y glover al mozo rebecu a los caminos guanos y verdaeros. Pa ello, tien que ir al monte cuando haiga luna llena y decir esta jaculatoria una docena de veces agarrá con la mano zurda a un roble de los más esmirriaos:

Anjana, anjana de la güena suerte, líbrame de las penas y de la mala muerte: anjana, anjana de los luceros, güélveme al mozu que yo tantu quiero; anjana, anjana de la güena caridad, ten compasión de mí, ten un pocu de piedad; llévale al corazón el mi cariñu, quítame las penas y las acongojas, anjana blanca de las estrellas.

En seguida se apaez la anjana arredeá de una luz relumbrante que se va apagando pocu a pocu.

La moza se pon de rodillas, la besa la cruz de la picaya y un picu del mantu, y ya está hechu el milagru. El mozu desamoricau golverá a la ventana a decir zalamerías a la muchacha ampará por la anjana. La moza tendrá que ponese seriona unos cuantos días pa enrecelale y hacele morder más reciu la conciencia.

Si queréis que la anjana vos aparte de los peligros, tenéis que quedavos una noche encima de la nieve diciendo sin parar esti rezu:

Que ajuyan los lobos de los mis caminos, que se tapen las torcas, que ajuyan los osos.

Hay también anjanas malas. Están vestías con una capa negra con respuntes coloraos, como las alas del diablo.

Los ojos son verdes y la cara amarilla con salpicaúras azules.

Gastan una picaya negra de yerru y cojean un pocu al andar. Estas son las anjanas malas, las anjanas maldecías que nadie sabe ónde viven, onque yo barrunto que en los mismos infiernos.

La persona que las encuentre a la media noche se morirá al mes justu y cabal a la mesma hora.

Estas anjanas son las que plantaron las ortigas y los escajos y las que abrieron las torcas en los montes. Diz que son amigas de los ricos que no dan limosna a los probes ni posá a los peregrinos. Van segúas de cuervos y de murciélagos y dan unos gemíos que paecen de vacas espenás.»

MANUEL LLANO

ACTAS DE AYER

RUANO, EL MONROE DE LA MONTAÑA



Dibujo de Ricardo Bernardo.

Se ha estudiado y enaltecido la obra y la personalidad de D. Juan José Ruano de la Sota en sus aspectos más destacados: el forense y el político. Se ha hablado también de él como hombre de acción y de una gran sensibilidad. A LA REVISTA DE SANTANDER tócale señalar lo que de fundamental había en Ruano como santanderino, fuerte e indestructiblemente adherido a la tierra.

La verdadera empresa de Ruano, más que el enaltecimiento constante de la toga por sus triunfos ruidosos, y que la batalla política que ganó tantas veces; la verdadera empresa de Ruano, repetimos, es el haber comprendido antes que nadie y mejor que nadie todas las posibilidades de acción que había en nuestra tierra. Y haberlas movilizadas después de haberlas comprendido.

Cuando se escriba la historia de Santander en los cuarenta años que comprende la vida pública de Ruano—se recibió de abogado en 1893—se apreciará el cambio profundo, debido en gran parte a su impulsión y a su ejemplo, que renovó nuestro modo de ser. Ese período de la vida

de Ruano fué el de la transformación de la capital y el despertar de la provincia. No nos ciega la pasión entrañable que por el hombre muerto sentíamos hasta el punto de decir que ese cambio fué exclusivamente obra suya. El cambio se hubiera operado con Ruano y sin Ruano; porque venía fatalmente dispuesto en una larga concatenación de hechos y de causas. El mérito de Ruano estuvo en haberse dado cuenta en el momento necesario para que la acción fuese eficaz de la transformación operada a su lado. Oyó crecer la hierba y esperó su brote con el dalle en la mano. Este dalle simbólico era el equipo de gente apta de que se rodeó.

El Municipio de la capital, como la mayoría de los Municipios españoles de aquel tiempo, era un feudo de respetables estantiguas que iban al salón de sesiones a bostezar y a atender que no se interrumpiese la rutina de trámites y de expedienteo.

Ruano, que fué elegido concejal antes de tener la edad fijada para tal función por las leyes, llevó con él a los escaños edilicios un grupo juvenil inflamado de su mismo entusiasmo. De aquel grupo había de destacar la figura relevante de un gran alcalde, D. Luis Martínez. La transformación de Santander de capital de tercer orden en un pueblo que en pocos años se coloca al nivel de los que marchan a la cabeza, puede decirse que empieza en la regiduría de D. Luis Martínez y en la construcción del palacio de la Magdalena. Junto a estas obras materiales de los jóvenes ediles, sus amigos, Ruano hace sus primeras armas públicas con un monumento que se conserva en los archivos municipales como una muestra preciosa de jurisprudencia administrativa. Es un informe sobre la intrincada cuestión del servicio de abastecimiento de aguas, piedra de discordia que había agitado la vida santanderina durante muchos años y que ningún hombre público anterior había conseguido desarrollar. El luminoso informe de Ruano, que acababa de cumplir apenas los 25 años, quedó como punto de partida en que habían de asentarse todos los demás informes y estudios que vinieron después, y que no fueron sino un desarrollo de los temas que él proponía. Ya desde entonces acariciaba Ruano el pensamiento de convertir la fuerza política, de que era el más destacado valor, en una fuerza regional al inmediato servicio de Santander. Apenas instalado en los cargos públicos vió con dolor que la provincia estaba entregada en vasallaje a personas y a familias cuya relación con la Montaña era indirecta y que daban sus órdenes a sus representantes políticos como podían darlas a sus administradores para la exacción de los alquileres y contratos de sus fincas privadas. Eran los escritorios los que regulaban la vida política de Santander. El escritorio representaba al personaje comercial y políticamente, y en los libros de contabilidad de esas casas se encuentran mezcladas, sin duda ninguna, facturas de café y cacao y facturas de votos y de propaganda. Se consideraban las elecciones como una rama de una complicada organización comercial.

Ruano quiso acabar con esto. Desde su juventud y desde su primera actua-

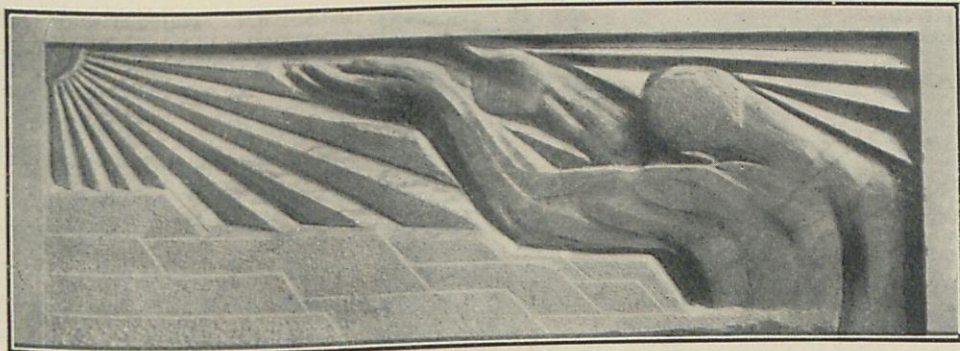
ción edilicia es fácil seguir su trayectoria enderezada a este exclusivo fin. Su empeño, irrealizable durante muchos años, se va plasmando a lo largo de su vida fecunda y turbulenta. Primero trata de afianzarse sobre un terreno firme, y cuando cree haberlo logrado desenvuelve, como una bandera, su pensamiento regional: la Montaña para los montañeses. En este aspecto puede considerársele como el Monroe de la Montaña.

De la eficacia y de la perdurabilidad de la obra de Ruano dice bastante el panorama político montañés que se ofrece a nuestros ojos después de él muerto. Al hablar de su posible sucesión y del reparto de su herencia política sólo se conjugan nombres montañeses. Parecería una blasfemia un nombre discordante. Y esto que ahora nos parece tan natural y lógico, hace veinte o treinta años, cuando Ruano aun no se había conseguido imponer en la lucha, podía considerarse como una utopía. Entonces la política y sus representantes se le imponían a la provincia desde Madrid por el canal de los escritorios, del Gobierno civil y de los alcaldes. Ahora, por fortuna y por obra de Ruano, es la provincia la que impone su voluntad, y el Poder central es quien la acata. Ahora no son nuestros distritos prendas de que los Gobiernos disponen a su antojo, sino realidades con las que hay que contar al dibujar el mapa político y parlamentario.

Para llegar a este resultado, Ruano tuvo que sostener luchas tremendas, en las que dejó lo mejor de su juventud y de su vida. Solamente los que vivieron a su lado esas horas angustiosas pueden hacerse idea de su capacidad de resistencia. Así su muerte no ha sido precedida de ninguna agonía penosa. Se había ido muriendo muy poco a poco en las horas difíciles y en las horas triunfales. El mágico aparato de relojería que era su existencia estuvo andando hasta el fin con una fuerte pulsación aparente. Pero las piececillas que regulaban esa marcha, y que el público no veía, estaban gastadas y deshechas, hasta que de pronto dejaron de andar. La vida de Ruano se extinguió como uno de esos relojes que se paran sin saber por qué. Y para saber ese porqué había que estar muy dentro de los repliegues de su alma.

El principal valor que queremos hoy que destaque de la compleja personalidad de D. Juan José Ruano es el haber sido el animador más constante y más afortunado de la actividad de la Montaña. A su lado nació el núcleo de los hijos de Santander. Aquella semilla no está perdida. Y de aquella conciencia de la propia personalidad que despertó en gentes y en pueblos nació esta nueva generación que lleva en triunfo a la Montaña por los más diversos campos de lucha. Fué, como ya hemos dicho, e insistimos en ello porque creemos que es lo que más gráficamente define su obra, el Monroe de la Montaña.

JOSÉ DEL RÍO SÁINZ

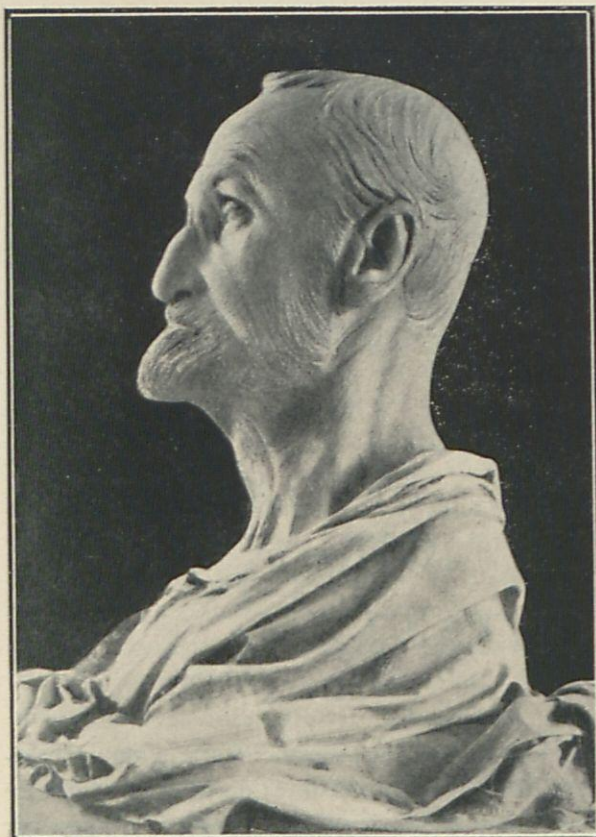


EMILIO BARRAL MODELA EN LA MONTAÑA

Sepúlveda, villa fuerte, surge del abrazo del Duratón y el Caslilla en un hacinamiento de piedras gloriosas. Piedras entre verdores de huertas, ocre de tierras fecundas y dorados de recuerdos y memorias. Difícil es a la vista separar lo que es historia y arqueología de lo que es puramente geología. Las fuerzas telúricas han puesto en la fisonomía de la villa tanto como el transcurrir de generaciones, estilos y sucesos. Así tal monolito, erguido entre otros menores riscos, semeja torre de castillo o trozo de muralla, y tal lienzo militar o cubo de defensa se aparece como amontonamiento ciego, obra de fuerzas de la naturaleza.

La piedra es el culto secular del artesano de Sepúlveda: la piedra es el orgullo del arte y de la historia sepulvedanos. Piedras romanas de puertas y castillo; piedras medievales de templos y sepulcrales criptas; piedras renacientes de casonas y palacios. Pero la célula esencial, la unidad de construcción es siempre *la piedra*, única en blandura, color y calidad, florecida perennemente en arquitecturas y accidentes geológicos.

Hay una tradición artesana de la labra de la piedra que ha conservado sus elementales secretos transmitidos de generación en generación dentro de familias privilegiadas. Así esta familia de Barral, que puede ufanarse de su oficio picapedrero, como del suyo de impresores o relojeros prósperas generaciones artesanas de Venecia o de Ginebra. Como la yedra a un peñasco, esta familia Barral adherida al trabajo de la piedra transmite su entusiasmo y su maestría en la corriente de su tradición familiar, y nada impide pensar que las manos que labra-



El Marqués de Valdecilla

ron los capiteles románicos de la iglesia del Salvador no fueron de los ascendientes del escultor picapedrero que ha modelado el busto del marqués de Valdecilla.

Emiliano Barral ha permanecido entre nosotros serenando la fiebre de la creación artística a orillas de nuestra bahía y en el remanso de las conversaciones de nuestros artistas. Ha paseado por nuestras calles su figura menuda y vivaz, y un momento las prensas de nuestros diarios han descansado del afán apasionado del momento político para lanzar el nombre, y la noticia de la obra, del cantero sepulvedano.

El tránsito del artesano al artista, del oficio al arte, ha sido tan resbalado y natural que no es posible señalar límite. Una zona borrosa par-

ticipa de las cualidades de ambas profesiones, y ya era un escultor Barral cuando se creía solamente cantero, y aun vive enquistada en su personalidad artística un picapedrero que probablemente decide su carácter diferencial.

Tratar la piedra. Nadie como Barral sabe acariciarla como a ente vivo y sensible; nadie como él adivina las posibilidades de su forma, de su estructura, de su color. La piedra sepulvedana que en el busto de Antonio Machado

*lleva una aurora fría
eternamente encantada*

en su seno, sabe encenderse hasta plenitudes de llama a los golpes de la herramienta de Barral.

Dar vida a la piedra, y sólo a la piedra, es la aspiración de enamorado de este artista ejemplar. Pocos sucesos tan delatores como su repugnancia a tallar en mármol blanco. Sin duda su frialdad lechosa se le aparece como sudario de la piedra, como cadáver yerto de la materia amadísima.

Obra de amor al oficio, más que al arte, es gran parte de su producción. Al principio ha trabajado Barral como una fuerza elemental de la naturaleza; como la gota de agua que en sus caprichos estalagmíticos parece modelar con consciencia humana. Pero esta fuente de vigor inicial ha sido encauzada con rigor y con sabiduría. Ángel Sánchez Rivero, en el estudio más denso que se ha consagrado a la obra del escultor sepulvedano, nota un barroquismo poco a poco depurado y superado. Hoy es un puro e inteligente juego de planos, deliciosa pugna de ritmos. Ciertamente, la libre fórmula apasionada del barroco es el medio expresivo más obvio para el artista nacido en nuestra época, maleada por decenas de siglos de artificio. Tal fórmula, susceptible aun de acierlos definitivos, ha sido recha-



Mujer de Castilla (Museo de Arte Moderno)

zada por Barral en lo que tiene de subrayamiento y exaltación realista, pero nunca totalmente en lo que pueda significar de libre vuelo de las formas. Cada vez menos decoración y más arquitectura, pero a veces la arquitectura encrespada a apariencias barrocas de decoración.

Pero todas estas consideraciones pertenecen al escultor, al escultor ya formado que conoce su Italia, su Francia y su España, y por lo tanto no son propiamente características y definidoras. Lo diferencial, diferencialmente radical en Emiliano Barral, son los efectos de calidades, de materias, que su artesana maestría de cantero logra. La piedra bajo sus órdenes es una sinfonía compleja de materiales, uno y distintos, como las calidades orquestales del puro sonido. Su obra es obra de amor, de amor al noble material ejercitado y mimado desde su remota infancia entre las canteras rosadas y ejemplares de Sepúlveda, la áspera villa de las siete puertas.

JOSÉ MARÍA DE COSSÍO

PEREGRINOS

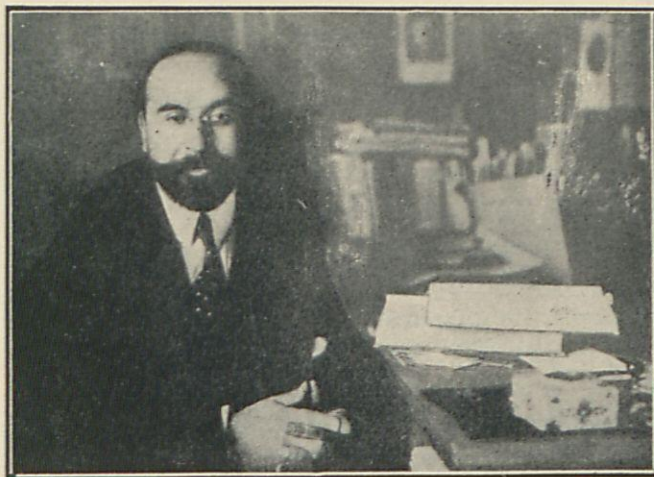
Don Pedro Salinas ha huído de Madrid hacia el Norte en busca de descanso. Después de los *Sesenta minutos de silencio*, en Bilbao, busca todavía en Santander unos días de paz absoluta.

Ilusión engañosa. Los amigos—los enemigos—no le dejamos en paz. Nos creemos con algún derecho, egoístas, a gozar la gracia suave y fina de la conversación de D. Pedro. Su peor enemigo, su sensibilidad, le asalta y le exalta: campo, mar y las pinturas de Altamira, que le causan una honda turbación.

Grave prueba y peligro: la Biblioteca. El catedrático, el historiador de la literatura zozobra. ¡Esta edición que nunca había visto! ¡El manuscrito deseado...! Pero no; titubear aquí es entregarse, es capitular. Recurre al aplazamiento lejano: en agosto, en agosto, cuando venga a explicar el cursillo de *Literatura contemporánea*; y el antídoto próximo, los versos del *Indiano de Bendejo*, que están sobre la mesa:

*Y de alegría que todo está barato
me tiro en un colchón y no me mato.*

.....
*Esta sí que es buena poesía,
tan clara como la luz del día.*



Fernando de los Ríos

Venció la tentación.
Hasta luego, D. Pedro.

Don Fernando de los Ríos. Peregrino auténtico, apasionado. De tren a tren —Bilbao a Oviedo—unas horas libres en Santander. A la Biblioteca. Pocas veces se ha lamentado como ahora la *ausencia* del Dueño. ¡Oír un diálogo entre D. Marcelino y D. Fernando. Es seguro que hubie-

ran coincidido en todo, en casi todo... «Podremos diferir en los medios—ha escrito el Maestro—, pero en la aspiración estamos conformes.» Y hubieran sellado una purísima y cordial amistad, y D. Fernando hubiera perdido el tren de Oviedo.....

Si en lo espiritual hay herencias, D. Fernando es heredero directo de Costa. La historia, a él—aparente paradoja—le atrae, y la cultiva con amor y saber. Siente el problema histórico español con intensidad, y lo estudia con mirada profunda y serena.

Hemos hablado mucho; nos hemos comprendido más y mejor.

D. Fernando habita en la cumbre del otro monte del valle. No son dos montes; si ahondamos hallaremos la misma estructura geológica. Allá en el siglo XVIII, un cataclismo subterráneo que venía de lejos partió lo que era un solo monte. Durante un siglo, avenidas y torrentes de pasiones han formado el valle. Y es preciso, urge, ahora, un viaducto amplio y fuerte...

Don Eugenio d'Ors. He aquí un genial ingeniero. El apóstol de la unidad espiritual de Europa. Trae los planos bien estudiados, un proyecto magno, de alcance universal.

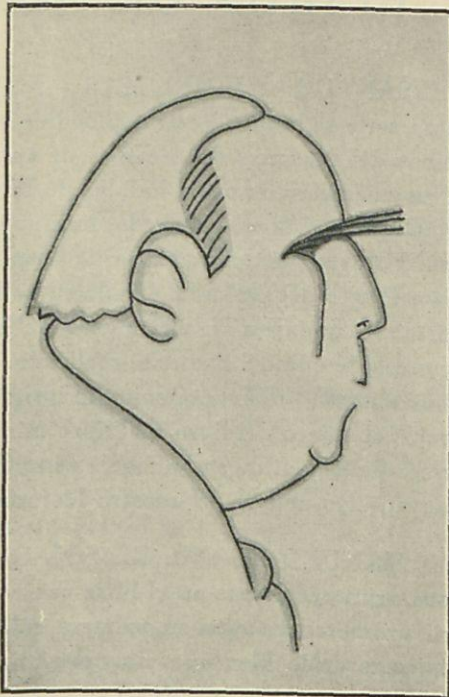
Una de las obras previas, necesarias, sería la unión de los dos montes fronteros y adversos.

D. Eugenio tiene oído zahorí, percibe distintamente los primeros ruidos de una transformación profunda en las ideas del mundo occidental. Una nueva ciudad de Dios, la ciudad de la Cultura, va alzándose, invisible a muchos ojos que no ven. El cuartel español de esta gran ciudad tiene que descansar sobre ese sólido viaducto. Debajo quedará el valle pintoresco y croarán en sus baches las ranas de Babel.

D. Eugenio ha venido a colocar solemnemente la primera piedra de su ideal concepción en la roca viva de una cumbre, y ha tendido los cables de su inteligencia a la otra cumbre. Hay que salvar a fuerza de trabajo y comprensión el valle ochocentista y reducir a unidad el tradicionalismo y la ilustración.

Siglo XVIII: el siglo de Forner y de Aranda; el siglo que creyó imposible seguir hablando latín y comenzar a hablar francés. De él hay que partir.

D. Eugenio, grave y pulido como un Jovellanos, lleva en su cabeza un pensa-



Eugenio d'Ors (Caricatura de Apeles)

miento unitario y trascendente, y una ciencia compleja que algo recuerda a los enciclopedistas. Su cabellera gris es un resto, o un principio, de peluca dieciochesca.

En Santander ha dejado fervores e inquietudes, y afectos sinceros. En Santander ya nadie dirá que es oscuro el escritor de las transparencias más puras. Y quién sabe si será en esta ciudad donde alguien empiece a hacer lo que tanta falta está haciendo: ensartar en el hilo de un estudio serio y sistemático las perlas sembradas, esparcidas, en desorden aparente, por este pensador tan original y equilibrado, uno de los pocos escritores que en Europa tienen algo nuevo que decir y que lo dice, además, maravillosamente.

MIGUEL ARTIGAS

LIBROS DE NUESTRA MONTAÑA

SANTILLANA DEL MAR.—NOTAS DE ARTE.—Como primer tomo de una serie se anuncia este espléndido volumen, testimonio de las aficiones artísticas del marqués de Aledo y de su generosidad. Notas de arte y de historia. Nueva edición de prosa hidalga de Ricardo León. Notas de arqueología y de genealogía del abad Escagedo, más precisas, depuradas y estructuradas que nunca. Fotografías del marqués de Casa-Mena y del de Aledo, que, en complicidad con el arte del grabado, elevan su poder evocador a regiones calificadas de puro arte. Homenaje a la villa museo de la arquitectura montañesa, tan noblemente concebido como felizmente realizado. Tal es este bello libro, el más digno de los hasta ahora publicados sobre la insigne villa y su ilustre colegiata. Esta vez, parejos el sujeto del libro y el libro mismo. Obra espléndida que consagra al marqués de Aledo, de ascendencia campurriana, entre los más destacados paladines de nuestro arte y de nuestra historia.

MANUEL LLANO. EL SOL DE LOS MUERTOS.—Hace Manuel Llano sus primeras armas en el libro con esta novela, y no puede ser más afortunada ni prometedora esta su primera salida. Manuel Llano, criado en las entrañas mismas de la Montaña, enamorado de sus leyendas y mitos, carne del mismo pueblo montañés, no ofrece su libro como fruto retórico, literario, más o menos bien logrado, sino como normal y necesaria función de lo más íntimamente vital y propio; no como espectador desinteresado y curioso, sino como actor apasionado. Así, la acción de su novela se vetea de referencias folklóricas, directamente sentidas, y en el mundo lógico de su acción contemporánea se refleja el misterio de los mitos y de las tradiciones montañesas, y se viven en costumbres actuales dolores y esperanzas del mundo mitológico en que la razón no quería alborear.